

Una verdadera plataforma demócrata para noviembre de 2004

por Lyndon H. LaRouche

La plataforma demócrata de Lyndon H. LaRouche que reproducimos aquí, fue emitida por LaRouche PAC el comité de acción política del ex candidato presidencial el 30 de julio.

Presentación

A los ciudadanos de los Estados Unidos de América.
Amigos míos:

Por el bien del Partido Demócrata, y de todos los ciudadanos de los EU y de su posteridad, debe circularse de forma generalizada una declaración de principios desacostumbradamente dura —*¡la plataforma anexa!*— a tiempo para la convención nacional en Boston. Al presentar y adoptar ésta, estoy convencido de que tenemos que derrotar el intento de perpetuar el Gobierno de Bush y Cheney (¿o de Cheney y Bush?), primero,

sacando de inmediato a Cheney del Gobierno (porque si no, quizás no haya elecciones en noviembre de 2004) y, segundo, aportando un nuevo presidente y una nueva coalición bipartidista en el Congreso, sin DeLay.

Todo lo que intentemos hacer con esos fines, no tendría sentido alguno —como insisto en esta plataforma anexa— si nuestro partido no abandona la vía de la fantasía que ha dominado a la mayoría aplicable de la opinión popular, y a los órganos de difusión en las campañas de las primarias presidenciales más recientes. Para ganar hoy, nuestra gente tiene que reconocer finalmente ciertos hechos fundamentales de los que ahora depende con urgencia la existencia continua de nuestra nación, y aun más.

En circunstancias similares a las que hoy embisten, Franklin Roosevelt decía: A lo único que hay que temerle es al

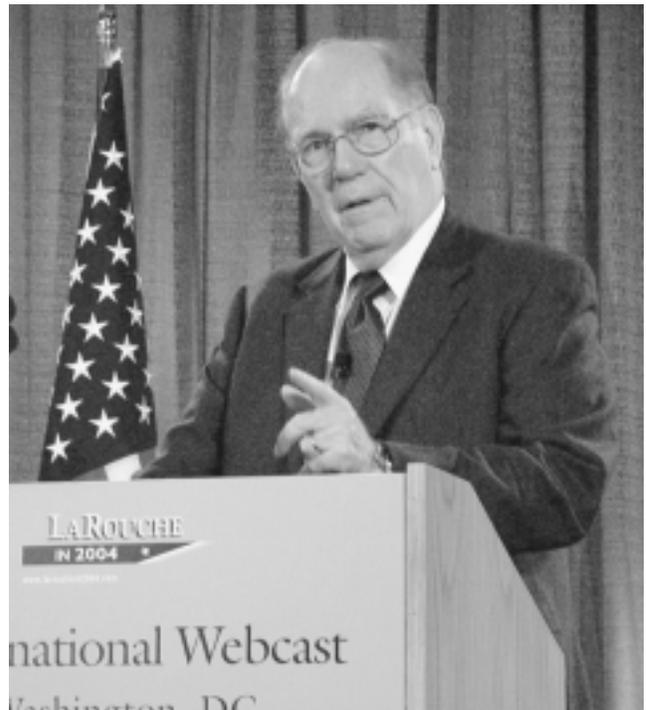
temor mismo. Esto significa que debemos declarar ahora como entonces, que la mayor amenaza que enfrenta nuestra nación es la negación histérica a la realidad que manifiestan muchos dirigentes políticos, y la población en general. Como decía Roosevelt entonces, estas expresiones de miedo, cuya manifestación típica es la negación de lo que en verdad hay que temer, representan ahora, en y de por sí, el mayor peligro para todos nosotros. Estas negaciones de la realidad son ilusiones expresadas en palabras como: “¡Ellos nunca dejarán que ocurra!”, “Tenemos que estar con el sistema”, o “¡No me vengas con grandes ideas; tengo que preocuparme de lo que pasa en mi comunidad local!”

Por tanto, tenemos que alentar a nuestro pueblo a levantarse de su trinchera personal de negar la realidad en la que ha estado esperando a que la realidad le arroje granadas a sus presentes escondrijos ideológicos. Nuestros ciudadanos deben dejar de pensar como las víctimas habituales que ruedan en los aromas de los autoengaños populares; nuestro partido, en apego a la tradición de ese gran Presidente, debe infundirles el valor de enfrentar y conquistar la interconexión de la implacable realidad de un repunte de la depresión económica, y de la guerra mundial hoy en expansión.

Por ejemplo, hay ciertos personajes políticos destacados a quienes no mencionaré aquí, quienes, al parecer, de encontrarse sus padres en un hotel en llamas, discutirían como sigue. Uno diría con calma, pero con decisión: “¡Tenemos que salir de aquí! Levantémonos y vámonos”. El otro gritaría histérico: “¡Deja de hablar así; puedes asustar al bebé!” Debemos estar calmados, pero decididos, al determinar tomar estas medidas que nuestra nación hoy necesita de nosotros.

Así, en resumen, nuestra nación y el mundo están en garras de una crisis de desintegración monetario–financiera global que arremete, una crisis económica mucho más siniestra, con incertidumbres más graves, que cualquier amenaza similar en la memoria reciente del mundo. Para quienes de veras conocen la historia moderna y la era actual de las armas nucleares, esta crisis representa una amenaza en potencia mayor que la desatada en el intervalo de 1929–1945. En este momento de crisis, hay problemas serios que, de no corregirse, no sólo pueden arruinar la supuesta candidatura presidencial de John Kerry, sino a nuestra nación. Esta ruina quizás fuere inevitable, a no ser que el candidato del partido estuviere dispuesto a adoptar ciertos principios probados una y otra vez en crisis pasadas en la historia de nuestra nación, como las de la presidencia de Franklin Roosevelt, principios que podrían llevarnos con seguridad de este peligro a tiempos más felices. Por tanto, presento la plataforma anexa.

Tenemos que ganar la Presidencia de los EU, pero para hacerlo, también tenemos que luchar a sabiendas de que esa victoria de ningún modo es inevitable en este momento. En tanto que luchamos por la Presidencia de los EU como exige la realidad de la situación actual, también necesitamos con urgencia elegir una coalición con un propósito común entre la mayoría de los demócratas y los republicanos del Congreso.



Lyndon H. LaRouche habla en un discurso que se difundió por internet al mundo el 15 de julio, desde Washington, D.C.

Para ganar en las circunstancias de las semanas y meses por venir, el partido debe ya, de súbito, cambiar su modo de hacer las cosas.

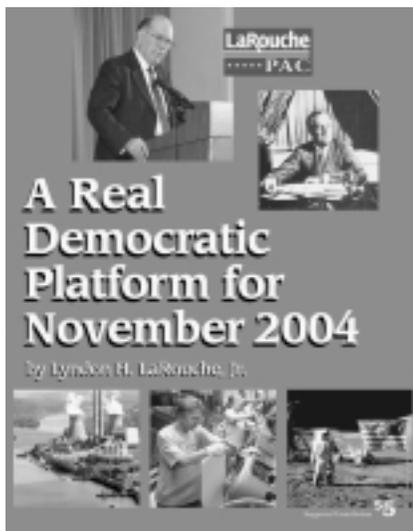
El rasgo característico que distingue la siguiente plataforma, es que pone el acento en el tema de la clase de futuro que queremos para los adultos jóvenes, aquellos de entre los 18 y los 25 años de edad, que hoy son el emblema del futuro de nuestra nación.

Fraternalmente suyo,
Lyndon H. LaRouche.

Un manifiesto demócrata

La actual civilización europea hoy extendida al orbe está atacada ya en la fase final de lo que ha sido la repetición más devastadora de la clase de crisis que afligió al mundo durante la depresión económica y el auge y caída del fascismo, desde 1918 hasta la caída de las potencias del Eje de la Alemania nazi y Japón en 1945.

Para ver esa conexión con más claridad ahora, pasa revista en tu memoria de cuatro generaciones adultas de ese período de la historia, partiendo de ese Tratado de Versalles que sentó las bases no sólo de la llamada “Gran Depresión” de 1929–1933, sino también de la ola de tiranías fascistas que cundió



En comparación con la plataforma del CND propia de un “Bush lite”, que defraudó a muchos de los delegados en Boston, La plataforma de LaRouche es una estrategia para movilizar a los votantes demócratas olvidados de unos 20 de los estados más reñidos, y otros, del país.

cual plaga bubónica por el oeste y el centro del continente europeo en el intervalo de 1922–1945.

La primera en desfilar por la memoria es la generación de jóvenes que fue a la guerra en la época del presidente Woodrow Wilson. Segundo, la generación de hombres y mujeres jóvenes que fue a la guerra en la época del presidente Franklin Roosevelt y, de nuevo, en la época del presidente Harry Truman. Tercero, la generación de nuestros adultos jóvenes que fue a la absurda guerra de los EU en Indochina. Ahora viene la generación de la juventud adulta que enfrenta la amenaza de que el vicepresidente Dick “Pandora” Cheney suelte su pestilencia, su doctrina de guerra nuclear preventiva y perpetua. Deja que todo pase, a su turno, en revista ante tus ojos. Luego, pregúntate: “¿Hacia donde marcha nuestra república ahora?”

Ahora el mundo se hunde ya en otro derrumbe monetario–financiero mundial, un derrumbe mucho peor que el del recordado intervalo de 1929–1933. En 1933, comenzó el período posterior a Calvin Coolidge y Herbert Hoover, en el cual el ingreso de la población estadounidense ya había caído de súbito a la mitad bajo la dirección de Hoover. Igual que la crisis que acompañó al derrumbe del sistema monetario–financiero de Versalles después de 1918, la toma de posesión del presidente George W. Bush hijo en enero de 2001 ha cosechado una siembra de necedades, abriéndole paso a la nueva crisis generalizada que ahora amenaza al próximo Presidente de los EUA. La toma de posesión de enero de 2001 ya nos había traído no sólo la amenaza de la propagación de la guerra casi perpetua, como ocurrió al final de los 1920 y principios de los 1930, sino que también nos ha traído con el Gobierno actual el resurgimiento activo de esa misma internacional fascista de Mussolini, Hitler, Franco, Laval y otros hombres–bestia del continente europeo, que fue entonces la gran amenaza del período de 1918–1945.

El más notable de los hechos contrarios, esperanzadores

a recordar, en tanto pasas revista a esas generaciones en tu memoria, es la elección de nuestro presidente Franklin Delano Roosevelt, una elección que no sólo nos rescató de la terrible depresión que habíamos heredado de las presidencias de Coolidge y Hoover, sino que aportó el margen absolutamente decisivo de conducción mundial que impidió que las fuerzas del fascismo encabezadas por Adolfo Hitler sometieran al planeta a un imperio mundial que nos hubiera gobernado y arruinado hasta la fecha. La situación que enfrentamos hoy no es exactamente igual a la que enfrentó nuestro Presidente en marzo de 1933, pero los principios que desplegamos bajo su conducción en el intervalo de su gestión, de marzo de 1933 al 12 de abril de 1945, son los precedentes constitucionales de referencia que corresponden, definidos en términos históricos, para diseñar la clase de iniciativas necesarias ahora mismo para sacar a nuestra república de la depresión económica que profundiza ahora, a fin de poder retomar el rumbo a la recuperación.

Por tanto, que el Partido Demócrata vuelva a ser una vez más el partido del presidente Franklin Roosevelt. No copiaremos simplemente las medidas de ese Presidente, sino que tenemos que recordar esas medidas y retomar los principios constitucionales probados que nos sacaron de la Depresión y de la Guerra Mundial, para surgir en el momento en que él moría como unos EU levantados de una profunda depresión, para convertirnos en la nación más productiva, más próspera y, aunque imperfecta, la más generosa del mundo de esa época.

1. La crisis actual

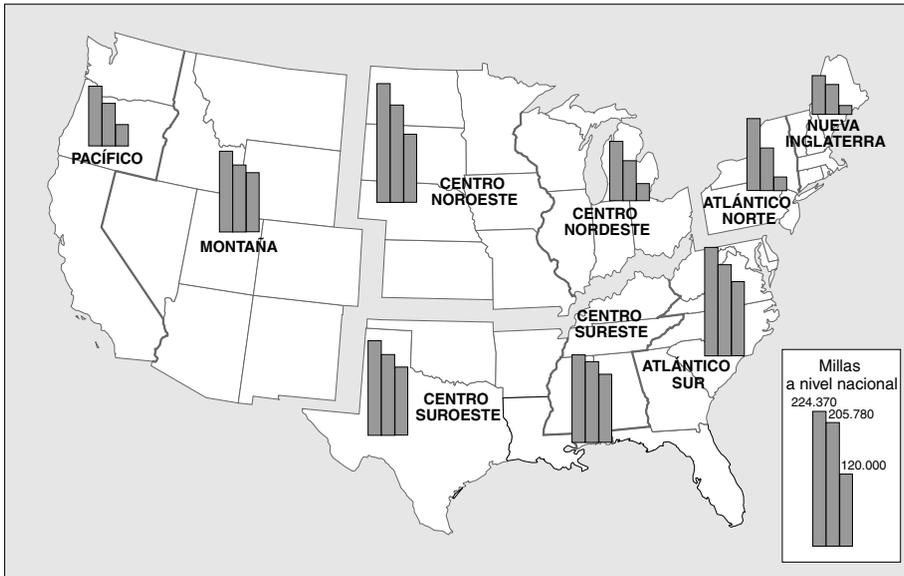
Este mundo actual nuestro posterior a Roosevelt vive ahora la secuela que aún resuena de un conjunto repleto de horrores, horrores como la aterradora crisis de los proyectiles de 1962, el asesinato del presidente John F. Kennedy, y la resolución del golfo de Tonkín. Fue en la secuela del asesinato del presidente Kennedy que nuestra nación dio un viraje, alejándose de su función anterior como la gran nación productora de nuestro planeta, hacia una especie de marcha larga y deprimente en descenso por los barrancos y pantanos del utopismo “posindustrial”. Más tarde, en el intervalo entre la elección del presidente Richard Nixon, en noviembre de 1969, hasta enero de 1981, destruimos la mayor parte de la arquitectura de esas medidas nacionales que habían resucitado a nuestra nación como un fénix, del fuego de las necedades inherentes de la época de las presidencias de Calvin Coolidge, Herbert Hoover, y la eminencia gris Andrew Mellon.

A partir de ese período de 1968–1981 de cambio para lo peor, nos fuimos cuesta abajo, paso a paso, guiados por la decadencia del sistema monetario de tipos de cambio flotantes impuesto por el Gobierno de Nixon. Así nos transformamos hasta llegar a ser hoy una caricatura de la antigua Roma imperial que condujo a la Italia de entonces a la desagradable

MAPA 1

Disminución de las millas de ferrovías desde 1950 y 1970 al 2000, por región

(millas de ferrovías)



El mapa muestra el total de millas de ferrovía clase I en los EU, una cifra que incluye múltiples vías principales y secundarias en 1950 (barra de la izquierda), en 1970 (barra del centro) y en el 2000 (barra derecha).

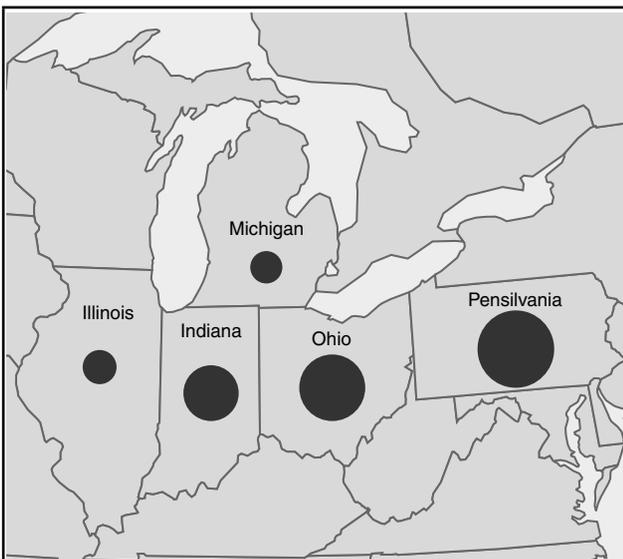
notoriedad de ser una cultura de pan y circo. Nosotros, al igual que esa antigua Roma decadente, nos hemos convertido en una caricatura de nuestro antiguo ser, chupando nuestra subsistencia nacional sobre todo de las naciones extranjeras a las que pudimos someter al pillaje, principalmente mediante los mecanismos de ese sistema monetario-financiero internacional de tipos de cambio flotantes de 1971-1972, y del sistema del libre cambio. Hemos destruido en gran medida nuestro sistema agrícola e industrial, el cual fuera objeto de la envidia, o la admiración del mundo antes del Gobierno de Nixon.

Una vista retrospectiva de la geografía físico-económica, como si por fotografías tomadas a intervalos desde arriba, del período de 1926-2004 a la fecha, muestra una desolación acelerada de enormes regiones de nuestra nación y de su pueblo, en especial

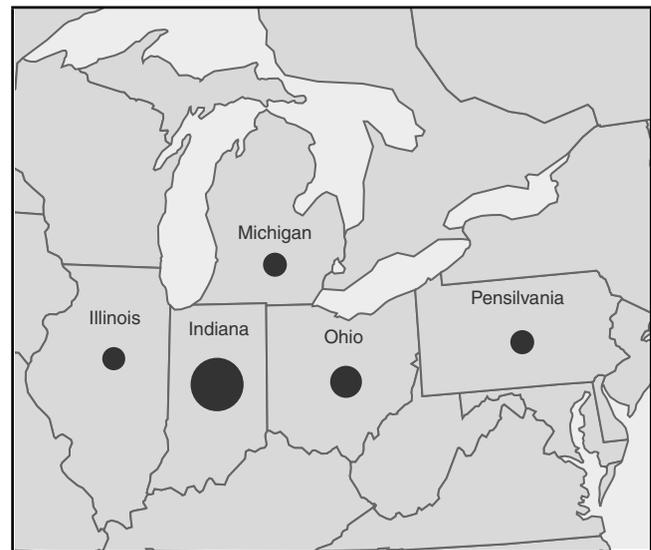
MAPA 2

Disminución de la producción anual de acero en los 5 principales estados productores, de 1973 a 2003

1973



2003



Estos mapas muestran la disminución relativa de la producción de acero en Illinois, Indiana, Michigan, Ohio y Pensilvania, que son los cinco principales estados productores, como se ve en el cambio del tamaño de los círculos de 1973 a 2003.



El presidente Franklin Delano Roosevelt el 12 de marzo de 1933. La situación que enfrentamos no es exactamente como la que él enfrentó entonces, pero los principios que desplegó durante su gobierno representan los precedentes constitucionales pertinentes de referencia hoy día.

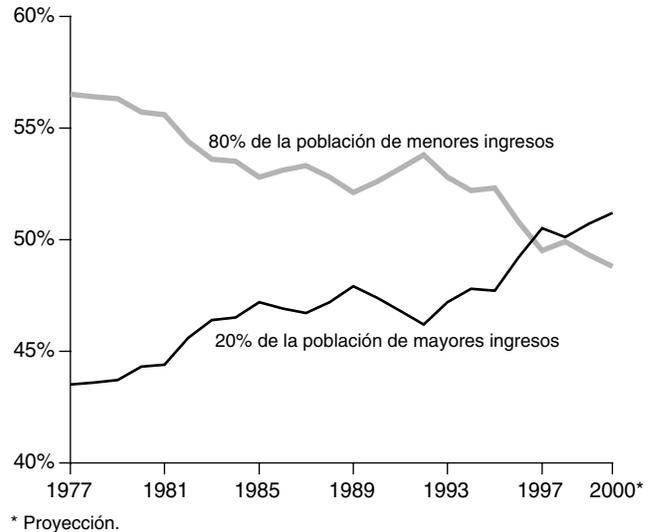
territorio de nuestra república, por cientos de millas cuadradas, por condado, y por cientos de hogares familiares para el período a partir de 1926, aproximadamente, vemos a partir de esta pauta de altibajos, la gran destrucción de la economía total de nuestra nación en los últimos cuarenta años.

Si comparamos los informes oficiales de la supuesta prosperidad de la última década, por ejemplo, con el cuadro físico de la nación, su población y áreas consideradas en conjunto, no hubo nunca una mejora real neta en la economía de los EU como un todo, sino sólo una mejora nominal en la capacidad adquisitiva del ingreso junto con la deuda acumulada, sólo una prosperidad aparente experimentada por el porcentaje cada vez menor de las familias y comunidades que cada vez más son excepciones de la economía nacional en su conjunto (ver **gráfica 1**). Hemos tendido a alegar en defensa de la ilusión de que si el cuadro de la clase suburbana es de relativa prosperidad, entonces la nación es próspera; la creciente y golpeada mayoría de la población, nuestra gran clase estadounidense desposeída, no disfruta el lujo de estar de acuerdo con esa ilusión de la mentada “clase suburbana”.

Como lo refleja nuestro déficit nacional de cuenta corriente, en la medida en que ha habido alguna muestra de riqueza en el punto de consumo, esta riqueza constituye un producto importado en su mayor parte, creado, más y más, prácticamente por trabajo esclavo en el extranjero, trabajo dizque “deslocalizado” o “tercerizado”, en vez de emplear empresas y tra-

GRÁFICA 4

El 20% de la población de los EU tiene más de la mitad del total de los ingresos



Fuentes: Oficina de Presupuesto del Congreso; EIR.

Entre 1977 y 2001, el 20% de la población de mayores ingresos en los EU gradualmente aumentó sus ingresos, superando el del 80% de la población de menores ingresos aproximadamente en 1997. Es el conspicuo consumo del 20% superior el que da la apariencia de que hay una prosperidad económica en los EU.

bajadores aquí en el país.

La prueba principal aducida en respaldo del engaño fomentado por los órganos de difusión, de una supuesta prosperidad nacional estadounidense, son las utilidades de los mercados financieros, ganancias generadas en gran medida del mundo de las apuestas colaterales llamadas “derivados financieros”. Así, a un mundo con un producto neto calculado en varias decenas de billones de dólares, lo apuntala la ilusión generada por una masa impagable de deudas en derivados financieros que alcanza los ¡miles de billones de dólares! Esa enorme burbuja financiera está lista a reventar. Cuando revierte, la realidad de una depresión económica mundial mucho peor que la experiencia de 1928–1933 ya no podrá esconderse, ni siquiera de los crédulos más apasionados de nuestros tontos autóctonos.

Así que ahora, como entre 1928 y 1933, desde el inicio de lo que se conoció como el “Plan Young”, hasta que el incendio del Reichstag de febrero de 1933 sirvió como incidente terrorista para hacer de Adolfo Hitler el dictador de Alemania, la realidad de la ruina económica que embiste del actual sistema monetario–financiero mundial de tipos de cambio flotantes, no es sólo la realidad económica de nuestra situación mundial; también es la gallera de la crisis, de donde brotan guerras que de otra forma parecen impensables.

2. La política bélica del gobierno actual

Mira la política bélica del actual Gobierno de Bush 43 desde ese enfoque histórico.

La historia y prehistoria, de la reciente guerra asimétrica, en marcha y en expansión, y que todavía empeora en el Sudoeste de Asia y en otras regiones, es el ejemplo más prominente del modo en que operan los círculos financieros oligárquicos internacionales, como los que respaldaron la orquestación de la declaración de guerra fraudulenta, cocinada en lo principal a través del despacho del vicepresidente Dick Cheney. Este es un ejemplo de los rasgos comunes, y también contrastantes del modo en que los agentes de la oligarquía, tales como Adolfo Hitler y Cheney, respectivamente, transformaron un período de desintegración sistémica de un sistema monetario-financiero mundial, para poner en marcha un programa de guerra perpetua para todo el planeta, lo que de no impedirse llevaría no a una victoria militar imperial, sino al abismo de una nueva era de tinieblas planetaria por generaciones.

El deseo codicioso del oportunista político, de dejarse engañar para apoyar tales aspectos pertinentes de la política bélica, como hicieron algunos miembros de nuestro Congreso, ilustra los aspectos comunes de bamboleo hacia la guerra generalizada, en ambos períodos contrastados de la presente y la pasada crisis financiera monetaria global. Esta es una situación típica en la que los destinados a perder culpan a otros por el modo en que siguen la corriente para pasarla bien, cuando nuestros verdaderos dirigentes políticos, a diferencia de esos perdedores, se culpan a sí mismos por no haber roto a tiempo con dicha complicidad cobarde.

El ascenso al poder de monstruos tiránicos y poderosos, tales como el emperador romano Calígula o Adolfo Hitler, no necesariamente representa un logro de sus facultades intelectuales. El ascenso al poder, mediante el cual entran en juego estos tipos hamponiles, el instrumento Cheney de hoy, sucede de la siguiente manera.

La caída del sistema soviético en el intervalo 1989–1992, dejó a los EU bajo el presidente George H.W. Bush, como la única superpotencia militar funcional en el planeta. Algunos en la Mancomunidad británica y en los propios EU vieron este acontecimiento estratégico como la oportunidad de retomar lo que fue la doctrina del Gobierno de Truman, de un “gobierno mundial a través del monopolio virtual del terror, mediante arsenales nucleares”. Esa fue la doctrina del presidente Truman, diseñada por Bertrand Russell y adoptada por el primer Comité sobre el Peligro Presente de la era Truman.

No obstante, en ese entonces, el desastre que resultó ser la guerra de Corea, junto con la nueva de que la Unión Soviética había desarrollado un arma termonuclear antes que los EU, le había puesto fin a la era de Truman, y a su política bélica por décadas por venir, para dar paso a la nueva doctrina del grupo

de Bertrand Russell que la substituiría, una política de manejar al mundo mediante el terror de la destrucción termonuclear mutuamente asegurada (MAD, en inglés). Este cambio de la política nuclear de Truman vino a conocerse como “distensión”. La creación de nueva cuenta del Comité para el Peligro Presente a mediados de los 1970 fue, por fortuna, de corta duración, más que nada debido al impacto de lo que fue la adopción de la Iniciativa de Defensa Estratégica (IDE) por el presidente Reagan. Ese comité de desesperados nucleares, y sus planes en procura de una guerra nuclear, han vuelto a reactivarse a últimas fechas, en el ambiente creado por la influencia de los mismos círculos que apoyan al vicepresidente Cheney y demás.

El Gobierno de Bush 41, en el cual Cheney fue secretario de Defensa, reconoció la locura de las doctrinas militares de Cheney, y las despanzurraron entonces, cuando menos en gran medida. En el Gobierno del presente Bush, con un presidente menos capaz, George W. Bush hijo, quien desde el principio prácticamente ha sido un simple títere de mal genio del despacho del vicepresidente Dick Cheney, la política de guerra perpetua rechazada por el Gobierno de Bush 41, es la que rige. Esa política, diseñada a modo de guerra nuclear preventiva, ha sido la política continua de este Gobierno, no desde el 11 de septiembre de 2001, sino desde que tomó posesión hasta el presente. La aventura en Afganistán produjo condiciones peores hoy que las del comienzo; el grupo de Cheney produjo la guerra contra Iraq, el ataque planeado a Siria, el ataque nuclear planeado contra Irán y Corea del Norte, y la explotación del potencial de guerra contra China, todo lo cual, y más, es sólo emblemático de lo que es la política estadounidense, y lo que sería, cada día que se permita que Cheney y compañía sigan en sus funciones.

2.1 Cheney, Blair y la guerra

Tiene que quedar claro que la guerra que el vicepresidente Cheney y el primer ministro británico Tony Blair iniciaron contra Iraq no es “una guerra”. A Iraq lo escogieron como blanco de forma oportunista, desde la toma de posesión del Gobierno de Bush 43 en enero de 2001. La selección de Iraq de blanco fue como parte de una doctrina de guerra perpetua por todo este planeta. Esto a veces lleva el nombre de “guerra nuclear preventiva”, y la intención sería desparramar la guerra generalizada por todo el Sudoeste, el Sur y el Este de Asia, hacia los territorios de la antigua Unión Soviética, en un segundo Gobierno de Bush 43.

Esta no fue una política exclusiva de los EU. Aspectos clave de esa política fueron activados, en concierto con el Gobierno de Blair, cuando Cheney todavía era ejecutivo de la Halliburton. El que el primer ministro Blair de la Gran Bretaña representara la potencia militar en apariencia más débil de esta empresa, no debe cegarnos al hecho de que el diseño de esta política le debe más a esa facción liberal imperialista de la Sociedad Fabiana —que despliega al cómplice de Cheney, Blair—, que a los ilusos y otros simpatizan-

tes de Cheney y compañía en los EUA. Los EU han representado el principal instrumento militar de este plan de guerra perpetua, pero Blair representa un factor que es igual de significativo, si no es que más, en el diseño de la propia doctrina de largo plazo.

Conforme nos acercamos a la realización de la convención en Boston esta semana que viene, las implicaciones como tales de la guerra asimétrica continua en Iraq tienen que entenderse en el marco mundial más amplio de una doctrina de guerra perpetua de Cheney y Blair, de una “guerra nuclear preventiva”. Las siguientes observaciones sobre la propia guerra de Iraq tienen que leerse a la luz de ese marco más amplio. Lo que hay que decir de la guerra en Iraq en sí, y de la participación de Cheney en ella, tiene que entenderse en ese marco de referencia.

Algunos ciudadanos más ingenuos y mal informados, quienes en realidad no entienden el mundo real actual, dirían: “Por tanto, vota para sacar a Bush del cargo, y usa la mala reputación de Cheney para que lo hunda consigo”. Tales argumentos infantiles no deben considerarse factores determinantes para delinear las políticas de gobierno apropiadas, al menos no en condiciones tan peligrosas como las de ahora. Cada día que pasa *sin* botar a Cheney del Gobierno, es un día en el que la posibilidad de que haya alguna elección general libre y honesta en los EU en noviembre está cada vez más en tela de juicio.

Solía decirse en el caso de los accidentes automovilísticos, y en los disparos accidentales a víctimas inocentes, que el problema no es el vehículo, sino el “loco al volante”, o el “tonto que tiene el arma”. Cheney es el loco homicida e históricamente compulsivo tras el volante, y el vehículo es el instrumento de ese pobre y, como es sabido, ruin y retardado presidente George W. Bush hijo, quien prácticamente es la mascota de Cheney. Cheney, el “loco al volante”, es la amenaza que debemos apartar de la situación, si es que hemos de proteger el cuerpo viable del gobierno constitucional.

De esto podríamos decir que una cobra sin su saco de veneno —una Casa Blanca de Bush libre de Cheney— no es lo mismo que una con su mordida venenosa en plena capacidad. Lo principal para toda persona que piense con claridad es sacar a Cheney del Gobierno. El presidente Bush en sí es un problema de una importancia menos decisiva; uno no elimina una enfermedad epidémica matando al paciente individual infectado. Sin duda alguna, hay que remplazar al presidente Bush; pero al vicepresidente Cheney debe extirpársele antes de que desaparezca nuestra forma constitucional de gobierno, extirpársele lo antes posible previo a la elección programada para noviembre. A Cheney en el poder debe vérselo a la luz nocturna del fuego que Hermann Göring le prendió al Reichstag, el golpe de Estado de febrero de 1933 que hizo casi inevitable la Segunda Guerra Mundial, el fuego empleado para abrirle paso a la instrumentación de la infame ley de emergencia de febrero de 1933.

No obstante, aunque el remover a Cheney quizá salve a

nuestra forma de gobierno del peligro inmediato en el corto plazo, eso por sí solo no librará al mundo de un peligro a un plazo un poco más largo, tan malo, o incluso peor, que el fascismo de Hitler, en los no tan lejanos meses por venir. La conexión entre las crisis monetario–financieras y las guerras mundiales tiene que entenderse con eficacia.

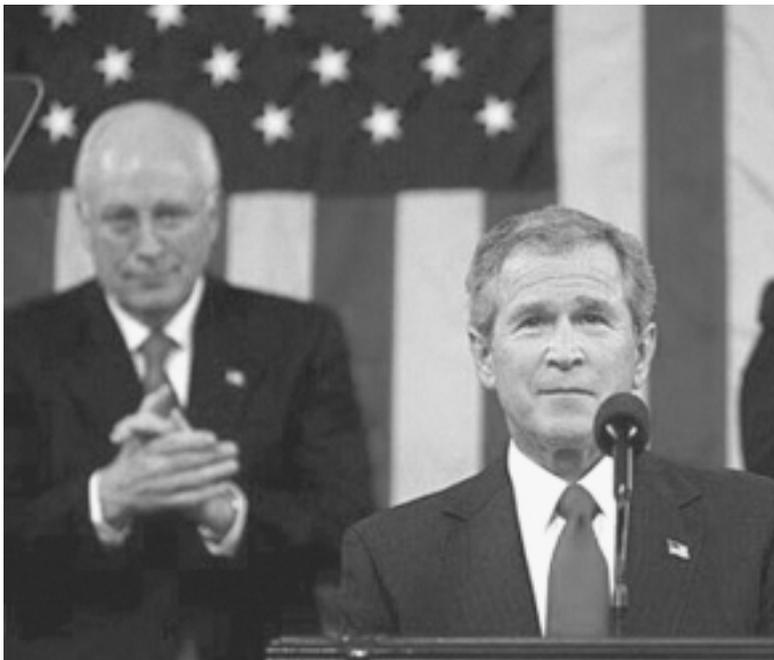
2.2 El impulso imperial de guerra

Desde la antigüedad, mucho antes de las guerras entre Grecia y el Imperio Persa, una lucha, que aún continúa, por establecer una forma soberana moderna y verdadera de república de Estado nacional ha dominado lo que emergió como la actual civilización europea moderna extendida al orbe, contra varias formas de cultura en las que una minoría gobernante, como en la Esparta de Licurgo, sometió a la mayoría de la humanidad a la condición de ilotas, fuera como ganado humano de pastoreo o de caza. El Estado nacional soberano republicano moderno, basado en la obligación primordial del gobierno de servir al bienestar general de toda la población y su posteridad, de hecho surgió en tres pasos sucesivos: el Renacimiento del siglo 15 con centro en Italia, el Tratado de Westfalia de 1648, y el nacimiento de la primera república de veras constitucional del mundo en 1766–1789, basada en el principio de ley natural del bienestar general, nuestros EUA.

Desde 1776–1789, el rasgo decisivo de la civilización europea moderna extendida al orbe ha sido la lucha de los intereses imperiales, o por aplastar a nuestra república, o por corromperla a que se convierta en algo a su propia semejanza. En el período que inicia con el Tratado de París de 1763, que estableció a la Compañía de las Indias Orientales como un imperio *de facto*, los principales enemigos de la existencia de nuestra república fueron los imperios rivales de los británicos (angloholandeses liberales) y los Habsburgo (reaccionarios pro feudales), y sus aliados. Las principales potencias adversarias de nuestra república al interior de la civilización europea, son fruto de esa rivalidad que había entre esos depredadores imperiales europeos que fueron enemigos de nuestra república en el intervalo de 1763 a 1848. Aunque hoy ese defecto oligarca que queda de residuo en el sistema europeo, esa fuente de conflicto continuo entre nuestra república y sus socios europeos, tiene que entenderse y superarse con formas apropiadas de cooperación al combatir la actual crisis mundial.

Aunque han surgido, y se han desarrollado repúblicas en formas a menudo deseables en la Europa continental desde 1789, en gran medida bajo el impacto continuo y benéfico de la simpatía europea, aun dentro del propio Reino Unido, por los objetivos de la lucha revolucionaria estadounidense contra la tiranía británica, los retrocesos que han llevado a la Europa continental de vuelta a la tradición feudal de la influencia liberal angloholandesa ahora han acarreado una situación peligrosa.

Esta es una situación en la que las naciones de Europa hoy están a punto de abandonar sus soberanías nacionales a favor de alguna imitación supranacional de la bíblica Torre de Ba-



El presidente George W. Bush y, detrás de él, el siniestro Dick Cheney, de quien Bush no ha sido sino una marioneta desde el comienzo de su gobierno.



El primer ministro británico Tony Blair representa un factor al menos tan importante como el poderío militar estadounidense en la realización de los planes de guerra perpetua de Blair y Cheney.

bel, un plan suicida en lo político, que el Robert Cooper de Tony Blair y otros le propusieron de forma furtiva a sus vecinos continentales. De tolerarse la adopción de semejante plan, el efecto sería, en última instancia, una tendencia a erradicar del mapa de la historia a las culturas de la Europa continental. Al mismo tiempo, las naciones de la Europa continental cargan el yugo de bueyes, el yugo del poder oligárquico-financiero extralimitado de los llamados “sistemas de banca central independiente”. Estos son los sistemas establecidos en tanto reflejo de la influencia imperial de esas formas liberales anglohollandesas hoy hegemónicas de los sistemas monetario-financieros de Europa, que tomaron como modelo las prácticas de la oligarquía financiera veneciana.

Así, fue este mismo conjunto de debilidades político-culturales de los sistemas políticos europeos así expresados, en especial la función extralimitada de los llamados sistemas de banca central independiente, el que dejó a la Europa continental tan lamentablemente vulnerable a la propagación de las tiranías fascistas en la Europa continental de 1922 a 1945. Esas son las vulnerabilidades de Europa en las condiciones actuales.

Cuando la crisis inevitable de 1928–1933 golpeó a la propia Europa, el reto que esos gobiernos tenían era hacer lo que el presidente Franklin Roosevelt, empezando cuando tomó el poder en marzo de 1933: hacer valer el poder natural soberano del Estado nacional moderno para intervenir y someter a los sistemas financieros privados, como fuere necesario a una reorganización por bancarota. En Europa, el establecimiento del Banco de Pagos Internacionales y la creación de una carte-

lización relacionada de la deuda de las indemnizaciones de guerra de Alemania, creó la circunstancia en la que la propagación de regímenes fascistas por Europa Central y Occidental continentales vino a ser prácticamente inevitable. Esos sucesos de 1931–1933 consolidaron el poder de los intereses financieros asociados con los patrocinadores del fascismo entonces, la internacional sinarquista que engendró a Mussolini, Hitler y demás. En esencia, la misma alternativa para el mundo hoy es el desafío de elegir entre la libertad o el fascismo.

En tanto que, a diferencia de la Europa de entonces, y a pesar de la existencia de nuestro propio sistema de la Sistema Federal —que introdujeron a los EU agentes del rey Eduardo VII de la Gran Bretaña—, el presidente Franklin Roosevelt, desde su primer día en el cargo, invocó el legado de nuestro Sistema Americano de economía política, y lo hizo para evitar que también nos convirtiésemos en una nación fascista, y para poner a los EU en posición de desempeñar su función dirigente para impedir que la alianza encabezada por Hitler conquistara al planeta entero.

De modo que, dentro de las instituciones de poder de los propios EUA, existen dos tendencias de gran alcance históricamente determinadas en conflicto la una con la otra. Una tendencia, que en gran medida irradia de los intereses financieros oligárquicos que remedan los modelos europeos de gobierno, es imperialista por la disposición orgánica expresada en la existencia de los llamados sistemas de banca central “independiente”. Los imperialistas británicos liberales del Gobierno del primer ministro Blair son típicos de este impulso imperialista, pues dicho impulso existe en la forma de una

poderosa fuerza política, de ambos lados del Atlántico. Lo que se opone a esa influencia oligarca, es la tradición constitucional asociada con nuestro Sistema Americano de economía política, el sistema que subyace las políticas del presidente Franklin Roosevelt. Roosevelt, igual que el presidente John Quincy Adams antes que él, trajo el impulso de crear un mundo seguro para nosotros fomentando la difusión de una comunidad de principio entre Estados nacionales republicanos perfecta y respectivamente soberanos. Nuestra existencia continúa en tanto república hoy depende de que renovemos ése compromiso de ese Presidente en las actuales circunstancias de crisis.

Tal era el conflicto entre los seguidores de la política de Sistema Americano del presidente Franklin Roosevelt, y el modelo liberal angloholandés de aquellos, como el Averell Harriman, que odiaba al general Douglas MacArthur, y fue socio influyente del presidente Harry Truman, cuyos bancos corrieron a darle apoyo financiero al partido nazi de Hitler. Este fue el conflicto entre la tradición militar clásica estadounidense de los generales del Ejército Douglas MacArthur y Dwight Eisenhower, y los arranques implícitamente pro imperialistas que expresaban sus adversarios entre los utopistas a favor de la guerra nuclear, entonces al igual que ahora. Ése es el conflicto que hay hoy entre los utopistas desenfrenados como Cheney y Rumsfeld, y los principales grupos de profesionales militares que advirtieron, con precisión profética, de las necesidades de las políticas bélicas de éstos.

Este conflicto del Estado nacional soberano con el imperio fue lo que motivó la labor del príncipe de Gales, quien posteriormente fuera el rey Eduardo VII, quien, él solo, junto con la Sociedad Fabiana británica, carga con la responsabilidad moral histórica de haber orquestado lo que llegó a conocerse como la Primera Guerra Mundial. Esto mismo motivó el impulso del patrocinador de Adolfo Hitler, Montagu Norman del Banco de Inglaterra, que echó a andar al movimiento fascista que la insurgencia de Hitler llegó a dominar en el transcurso de 1922–1945. Ése es el mismo motivo imperial de las políticas que hoy representan el vicepresidente Cheney y sus compinches, así como los de su esposa, en el Gobierno de la Gran Bretaña del primer ministro Tony Blair y su Robert Cooper.

Fue inevitable que la caída del factor de disuasión que representaba la existencia de una potencia termonuclear soviética haya evitado una explosión total de la temeridad de lo que se conoce como la facción “utopista” o imperial en los Gobiernos de la Gran Bretaña, los EU y otros, facción que manifiesta el impulso global hacia una guerra imperial perpetua. El tentador derrumbe de la potencia soviética, combinado con la llegada ahora de lo que es el inevitable desplome monetario–financiero generalizado del planeta, ha creado circunstancias de crisis, comparables a las de 1918–1933, que han puesto en marcha el empuje imperial hacia la guerra perpetua.

Esta situación requiere dos medidas generales inmediatas de prevención. Primero, que las políticas utopistas imperiales—de las que las bufonadas del vicepresidente Cheney y las

de su cómplice Tony Blair, son síntomas— sean aplastadas, con gran fuerza, sin miramientos, y de inmediato. Segundo, encarar la crisis de desintegración monetario–financiera mundial que hoy hace erupción con métodos que sigan las medidas tomadas por el presidente Franklin Roosevelt de 1933 en adelante.

2.3 La política militar estadounidense

La llave para definirle un futuro estratégico seguro a los EUA, es examinar la diferencia fundamental entre la perspectiva estratégica del presidente Franklin Roosevelt y aquélla de su sucesor, Harry S. Truman.

Roosevelt fue claro en lo que le dijo al primer ministro británico Winston Churchill, sobre la orientación estratégica de la posguerra. Roosevelt rechazó los “métodos británicos del siglo 18” de lord Shelburne, y de lacayos de éste como Adam Smith y Jeremías Bentham; en cambio, proyectaba un mundo reconstruido con “métodos americanos”, con los métodos de lo que el secretario del Tesoro estadounidense Alexander Hamilton identificó como “el Sistema Americano de economía política”. Esto significó un compromiso de los EU a llevar a cabo un programa inmediato de posguerra para liberar a las naciones víctimas de la tradición colonialista, y desarrollar la soberanía eficaz de esas regiones del mundo, tales como el sur de África, con “métodos americanos” de ingeniería en la infraestructura económica básica a gran escala.

Truman, casi al instante de morir Roosevelt, comprometió a los EU con las medidas antirrooseveltianas del neocolonialismo de Winston Churchill y compañía.

Tal como John Quincy Adams, en su capacidad de secretario de Estado de los EU, recalcó al redactar la llamada Doctrina Monroe de 1823, la perspectiva estadounidense hacia los Estados vecinos de nuestro hemisferio fue establecer una comunidad de principio entre los Estados soberanos de las Américas, una comunidad basada en el poder que los propios EUA adquirieron para ayudar a defender a esas regiones al sur de nuestras fronteras, de fuerzas depredadoras tales como el Imperio Británico y los rivales y aliados británicos de entre los círculos del tirano Habsburgo, el príncipe de Metternich. Esta política la revivió con todo su vigor el presidente Franklin Roosevelt, con su doctrina del “buen vecino”, y con los varios tratados que estableció con esos vecinos con los que los EU se comprometieron bajo esa presidencia de Roosevelt. La pelea de Roosevelt con Churchill sobre la doctrina para todo el mundo de la posguerra, no fue otra cosa sino una consecuencia natural de la misma orientación que John Quincy Adams y el propio Roosevelt establecieron para las Américas. Eso es lo que debe animar ahora la política exterior y estratégica de los EU para el mundo.

El aumento de la población mundial, y la urgencia de lograr el progreso científico y tecnológico acelerado que eso exige, ha creado un panorama en el que la guerra, del modo que se practicó en tanto instrumento de la política nacional en la historia anterior a 1945, ya no es una proposición viable. La clase de situación estratégica que el tolerar las medidas de

guerra perpetua de Cheney le garantizaría a este planeta, sería una suerte de guerra asimétrica en la que las armas de la era posterior a 1945, de la guerra de guerrillas y otras formas de combate irregular, se combinarían con las de la actual etapa de la era nuclear, lo que significaría que los planes imperiales de Cheney u otros parecidos no podrán tener otra consecuencia que no fuera sumir a todo el planeta en una nueva y prolongada era de tinieblas.

Los aspectos tecnológicos de esta situación no excluyen, sino, más bien, requieren el desarrollo y mantenimiento a fondo de medios capaces de formas clásicas de defensa estratégica; pero, la suerte de guerra utopista que los Gobiernos de Bush y Blair han desatado desde enero de 2001, de hecho, no pueden tener otra consecuencia predecible que no sea desencadenar una nueva era de tinieblas planetaria. La actual situación en deterioro por todo el Sudoeste de Asia hoy, es en parte resultado de la necedad de la forma con que fue armada y librada la guerra ahí; pero la situación que surge augura algo horriblemente atroz para toda esa región, y mucho más allá.

Lo que esto implica en términos más amplios, es que tenemos que librar de las prácticas y el pensar de los gobiernos del planeta, de las filosofías del empirista Thomas Hobbes y los de su calaña. Los imperios, de la forma que sean, ya no pueden tolerarse, ni la naturaleza humana puede tolerar más la necedad de las Torres de Babel supranacionales en tanto sistemas de bloque. El requisito estratégico esencial que exige este planeta es el desarrollo de una comunidad de principio entre de Estados nacionales republicanos respectivamente soberanos. La tarea de preparar una defensa estratégica capaz tiene que ser la de servir a esa misión estratégica. Ninguna otra cosa puede corregir la desviación ahora acelerada de todo el mundo hacia una nueva era de tinieblas.

Por razones profundas que analizaremos más adelante en este escrito, la llave para la causa de la paz en este planeta hoy es el establecimiento de un sistema de Estados nacionales republicanos respectivamente autónomos, comprometidos con un interés común en la cooperación y el desarrollo pacíficos entre Estados nacionales perfectamente soberanos, todo con el fin de fomentar el mejoramiento de la condición humana, tanto en cada nación, como en todas ellas, durante varias generaciones. El poder de semejante acuerdo de hacer el bien, del modo que nuestro Cotton Mather y nuestro Benjamín Franklin pusieron esto de relieve, es la fuerza que tiene que convertirse en la garante de las relaciones pacíficas entre los Estados. Eso es lo que representa el poder físico de las naciones y, más importante, lo que representa ese compromiso moral del que fluye el poder físico en cuestión.

En caso de que, en tanto nación, nos veamos obligados a actuar de forma vigorosa en materia de defensa estratégica, es ese compromiso el que tiene que representar nuestra intención estratégica, y servir como la conciencia informada que determine lo que habremos o no de permitirnos hacer en condiciones de guerra, o análogas. Es el invocar un compromiso compartido y apasionado con esa comunidad de principio, lo que debe convertirse en la ley que rija a naciones de otro modo

perfectamente soberanas.

Entre tanto, las políticas de la práctica militar estadounidense del vicepresidente Cheney, el secretario de Defensa Donald Rumsfeld, y demás, han adoptado formas que son, de forma intrínseca, corruptoras, como la conducta francamente ladrona de la privatización, para degradar las funciones que otrora realizaban nuestras instituciones militares integradas, y hacer una parodia de la conducción de formas de guerra dominadas por las prácticas mercenarias de la gallera de la guerra de los Treinta Años de 1618–1648. Las fuerzas militares de los EU tienen que reintegrarse de forma funcional y reconstruirse sobre la base de la capacidad y la práctica del principio de los cuerpos de ingenieros militares, y adoptar la dimensión adicional, apropiada para nuestra época, de la extensión de las funciones de ingeniería a las de ser un motor científico en tiempos de paz, lo cual implica tanto el desarrollo de la exploración espacial, como el traer la tecnología ahí desarrollada de regreso a la Tierra, por el beneficio que eso traería aquí.

Ganamos la Segunda Guerra Mundial no porque los nuestros fueran los combatientes mejor entrenados, sino porque cada soldado estadounidense tenía a su disposición el poder, per cápita, de desplegar una capacidad logística sin igual, una capacidad cimentada en el desarrollo y aplicación de la ciencia y la ingeniería como la piedra angular de la aptitud de las fuerzas armadas. Hoy, nuestras fuerzas armadas han de ser así, una fuerza militar, pero también un complemento de las funciones de un cuerpo de paz mundial. Más que nada, ganaremos nuestras misiones conquistando los obstáculos al progreso de la humanidad, y menos induciendo la sumisión a nuestra fuerza. Mantendremos y mejoraremos nuestras instituciones militares asignándoles misiones, herramientas y capacitación para la clase de práctica de defensa estratégica apropiada para esta era de cambio, una era en la que la principal misión estratégica nacional es el desarrollo y la seguridad de una comunidad cooperativa de principio entre Estados nacionales respectivamente soberanos.

3. El desplome financiero mundial que embiste

Hoy, el planeta entero se ve atezado por lo que ha de reconocerse como la fase terminal de algo mucho peor que lo que antes describiríamos como una depresión. El término correcto para la fase terminal de desplome económico ahora en marcha del sistema mundial actual de tipos de cambio flotantes, es *crisis de desintegración sistémica*.

Ese desplome está a todo lo que da en estos momentos. La fecha exacta en que se perciba el desplome financiero generalizado aún no está del todo determinada. El mejor cálculo es “pronto”, “pronto” medido ya sea en días, semanas o meses. Las realidades del desplome físico–económico, la bancarrota implícitamente irremediable de grandes trozos del

actual sistema bancario internacional y otros relacionados, ya han rebasado con mucho la norma de “irrevocabilidad”. El sistema está en su lecho de muerte, sin esperanza de recuperarse nunca el sistema actual; sus tambaleantes restos financieros son un muerto que camina. Sólo la adopción de un sistema alternativo solucionará el problema. Y, vale más que esta vez el remplazo sea la alternativa correcta.

Desde la óptica de la historia estadounidense transcurrida hasta ahora, los EU encaran hoy lo que al parecer son tres alternativas políticas, pero que en realidad son sólo dos.

En primer lugar, está la primera alternativa aparente de seguir con el actual sistema monetario–financiero de tipos de cambio flotantes, del modo que éste ha evolucionado desde la destrucción, en 1971–72, del sistema de tipos de cambio fijos de Bretton Woods. De hecho, esa primera alternativa aparente ahora ha quedado eliminada de la historia. El sistema de tipos de cambio flotantes, en su forma actual, está condenado a estrellarse muy pronto, sin esperanza de recuperarse nunca en las generaciones venideras.

Las únicas alternativas económicas reales de mediano a largo plazo son, o restablecer de inmediato un sistema de tipos de cambio fijos basado en el diseño original de Franklin Roosevelt del sistema de Bretton Woods, o hundir al planeta en una forma de caos parecida a la que experimentó Europa en la Nueva Era de Tinieblas del siglo 14.

De adoptarse la alternativa de que el planeta se hunda en el caos, esto quizás cobraría la forma inicial de un intento por hacer renacer regímenes fascistas, un intento emprendido bajo la dirección del cartel financiero internacional de los “intereses familiares” de corte veneciano con sede en Europa. Por necesidad, semejante cartel le haría eco a los rasgos característicos del hitlerismo, una imitación generada por las características compartidas por los intereses financieros de la internacional sinarquista que llevaron a los fascistas al poder en el continente, y por la actual clase oligarca financiera en cuestión. Estas características comunes, más que cualquier amor o falta de amor por el desacreditado Hitler en sí, son el enemigo a vencer hoy. Esta orientación pro fascista de algunos de entre la oligarquía financiera internacional actual, desencadenaría con mayor plenitud las medidas de guerra perpetua y guerra nuclear preventiva al presente asociadas con la actual marioneta de esos fascistas, el vicepresidente y confederado del primer ministro Tony Blair, Dick Cheney. A su vez, eso conduciría a “una Nueva Era de Tinieblas” planetaria.

Los aullidos, alaridos y gritos de protesta contra mis advertencias, aun los que provienen de los estratos políticos y financieros más poderosos, no menguarán esa realidad de la actual situación de crisis, tal como aquí se presenta.

El que éstas sean las únicas alternativas disponibles para los EUA en estos momentos, es algo que los dirigentes estadounidenses bien informados, que al presente sean inteligentes y cuerdos, ya no pueden negar. Algunos de esos sectores, o ya han optado por la alternativa de la dictadura fascista y la guerra perpetua, o se inclinan por ella.

El asunto ha de explicarse, en resumen, como sigue. Repi-

to: esto no es una llamada crisis “cíclica” o “coyuntural”. Es un desplome “final” del sistema económico–monetario–financiero mundial vigente. Es sólo dándole marcha atrás a las decisiones erróneas de los EU tomadas de 1971–72 en adelante, que puede detenerse este desplome, y establecer el punto de partida para instaurar una forma de sustitución viable del sistema monetario–financiero. No es cuestión de ganadores y perdedores en un juego; es la eliminación ahora inminente de todos los contendientes. Es el acabose del sistema. No hay solución para este desplome en los términos de las doctrinas ampliamente aceptadas de economía enseñadas en las universidades, o empleadas en general para sentar las pautas de los gobiernos, los principales órganos de difusión, o instituciones parecidas hoy día.

Así que, por *sistémico* debemos entender el desplome económico terminal del actual sistema monetario–financiero mundial de tipos de cambio flotantes que ahora arremete, el rasgo “programado de autodestrucción” insertado en la conducta “normal” del diseño del sistema ahora vigente, un sistema erigido desde 1964–1972, sobre ese conjunto de leyes y otros hábitos de los gobiernos, y que los acostumbrados supuestos peritos profesores de economía y los de su extirpe enseñan. Para repetir el aspecto decisivo: este destino de “autodestrucción”, empotrado en el propio sistema, expresa hábitos que enraizados paso a paso, de forma acumulada en las leyes y prácticas relacionadas con la toma de decisiones de gobierno y los negocios, y también en la opinión popular prevaleciente en la prensa en los últimos cuarenta años, más o menos.

De nuevo, dadas las realidades de las ideologías académicas dominantes y otras ideologías populares relacionadas, no estamos exagerando el asunto esencial antes señalado.

Reitero una vez más mi advertencia: el derrumbe económico generalizado que ahora experimentamos no es sólo la baja de una crisis coyuntural o cíclica; es la clase de derrumbe que significa que, de intentar seguir con el sistema monetario–financiero mundial actual en cualquier forma semejante a su forma actual, éste muy pronto dejará de existir en esas condiciones; la autodestrucción del sistema será automática. Esta es la clase de desplome en la que no es posible recuperación alguna de dicho sistema bajo los principios prevalecientes de la práctica económica, monetaria y financiera. De no introducirse muy pronto una forma apropiada de sistema radicalmente nuevo, el mundo pronto entrará a una condición en la que, en la mayoría de los casos la existencia misma de la mayoría de los activos financieros será borrada del mapa. *Virtualmente casi nadie tendrá un lugar seguro “para esconder mi dinero”.* ¡Así que por favor no pierdas tu tiempo, y el nuestro, preguntando!

Les recuerdo a aquellos que atacarían esta caracterización como la de una “Casandra” por decir estas cosas, que Casandra de hecho tuvo razón, y que a sus críticos los perdió su propia necedad por desatender sus advertencias.

Sin recurrir a métodos que, en efecto, extirpen esos hábitos y doctrinas actuales, no hay posibilidad de evitar un gran

desplome, una acción autodestructiva, incluso casi permanente, de la presente economía física del mundo.

En otras palabras, repitiendo el asunto decisivo que tiene que plantearse para la actual campaña presidencial: la catástrofe económico–monetario–financiera que al presente embiste, una catástrofe que ahora está en su fase terminal, de ningún modo es lo que muchos libros de texto y universidades enseñan como una “depresión cíclica”.

Tal como afirmé de forma resumida antes, en cualquier caso es inevitable un cambio muy radical en el futuro muy inmediato. O será un cambio hacia alguna forma de economía fascista global, algo parecido a los efectos económicos y sociales de corte fascista como los horrores que el “Big MAC” de Félix Rohatyn produjeron en la ciudad de Nueva York, algo que en las presentes circunstancias sería más pernicioso en sus efectos sociales que el régimen de Adolfo Hitler; o, en su defecto, sería una medida que, en efecto, recree los logros de la recuperación económica estadounidense emprendida bajo la dirigencia del presidente Franklin Roosevelt. No hay alternativas intermedias. Sólo hay un abismo genocida de caos “autodestructivo” entre ambas.

No hay salida de esta trampa, excepto las medidas que emprendan los gobiernos para cambiar al sistema. Esto significa que ciertos aspectos fundamentales del actual sistema enfermo tienen que eliminarse, o cancelarse, y añadirse otros nuevos. Estos cambios son de una clase que no puede efectuar otra agencia que no sea el gobierno soberano, o la acción concertada de varios gobiernos soberanos. Ese es el paso que el próximo Gobierno elegido de los EUA tendrá que dar. Sólo los EUA tienen ahora, de hecho, la capacidad históricamente determinada de llevar a la mayoría de las naciones y los pueblos de este planeta a hacer los cambios necesarios.

De ahí que sea preciso decir que nuestro propósito tiene que ser el de recrear la clase de economía que estábamos reconstruyendo bajo la conducción del presidente Franklin Delano Roosevelt.

Las reformas de ese Presidente, salvaron a los EU, contribuyeron de forma decisiva a la derrota de Hitler, y activaron la recuperación de una Europa assolada por la guerra, reflejando una orientación constitucional que ha informado y dado forma a los preparativos y al propio establecimiento de nuestra república.

Estos preparativos datan a más tardar del ataque contra los patriotas de las colonias anglófonas de Norteamérica, que empezó con el Tratado de París de febrero de 1763. Este fue el tratado que, de hecho, estableció a la Compañía de las Indias Orientales británica de lord Shelburne y demás como un nuevo y probable remplazo del fracasado antiguo Imperio Romano. Así, la victoria de la república estadounidense sobre las fuerzas imperialistas de esa monarquía británica, una victoria alcanzada con ayuda de nuestros aliados, Francia y la España de Carlos III, estableció una nueva forma de república constitucional y de sistema económico. Esta nueva república, basada en lo que creó el secretario del Tesoro Alexander Hamilton, entre otras figuras destacadas de la época, estableció

lo que vino a definirse a la sazón como el Sistema Americano de economía política.

La afirmación de Franklin Roosevelt de ese Sistema Americano de economía política contra los sistemas de Europa, controlados por la oligarquía financiera, salvó a los EUA del destino que Europa sufrió con el fascismo, salvó a Europa, y sentó la base del gran avance logrado por los EUA, Europa y otras regiones del mundo en el período hasta el cambio que coincidió con el inicio de la necia guerra oficial estadounidense en Indochina a fines de 1964.

Sería justo decir que no sólo queremos aproximarnos a los mejores rasgos, en términos relativos, del sistema monetario de tipos de cambio fijos de la posguerra, del modo que lo concibió la iniciativa del presidente Franklin Roosevelt. A no ser que adoptemos ese curso de acción, nuestra república como la conocemos, y además la crisis de desintegración económica mundial, ahora en pleno apogeo, llevaría a la ruina mucho de lo bueno del mundo.

Para curar la enfermedad en cuestión tenemos que descubrir y aplicarle un tratamiento que le sea específico a la enfermedad que tenemos que curar. La dificultad del caso estriba en que casi ninguno de los libros o profesores de economía hoy día sabe, ni quiere saber, cuál es la enfermedad y, por consiguiente, hasta ahora sus diagnósticos expertos y propuestos remedios con frecuencia son peores que la propia enfermedad. Tenemos que crear una revolución en la forma de pensar de aquéllos y de las instituciones de nuestro gobierno, para que regresen al modelo de los precedentes exitosos del Sistema Americano de economía política y los intentos del presidente Franklin Roosevelt por revivirlo.

El único desarrollo que podría alterar este pronóstico sombrío, aparte de intervenciones de desde afuera de nuestro planeta, sería un repentino cambio sistémico en el sistema efectuado por gobiernos importantes. Si yo fuera presidente aplicaría dichas medidas siguiendo los precedentes que estableció el presidente Franklin Roosevelt; otros presidentes despistados, actuando desde una perspectiva diametralmente opuesta—hoy mucho más popular, pero también mucho más imprudente—, podrían entrar en pánico y recurrir, o tolerar que se recurra, a una repetición de algo como el “11-S”, a un incidente de terror como el “incendio del Reichstag” que efectuó Hermann Göring, para aterrar a las instituciones y a la población estadounidenses a que acepten lo que sería, en efecto, una nueva tiranía fascista.

Entre tanto, cualquier habladoría sobre medidas específicas de recuperación, o promesas de medidas sociales, serían simples pamplinas, si no es que mentiras intencionales de la boca de personas con propósitos aviesos. De no entenderse como es debido la naturaleza y la cura de la actual crisis sistémica de desintegración, y adoptarse en realidad medidas apropiadas, como cambios generales en la política económica de nuestra nación, a fin de crear los medios necesarios para satisfacer esos requisitos sociales. Sin instrumentar primero estas medidas de reforma económica fundamental, no habrá beneficio para la actual generación, ni para las generaciones

futuras de nuestra nación o, quizás, del mundo. Por tanto, olvida cualquier “causa individual”; éstas no son sino balbuceos ansiosos y sin sentido en tanto no haya un entendimiento de la crisis de desintegración sistémica, y se adopten formas apropiadas de medidas radicalmente correctivas para crear un nuevo sistema económico adecuado, acompañado de nuevas políticas económicas correspondientes.

Para fines de comparación, las políticas económicas prácticas del presidente Franklin Roosevelt sí funcionaron, y las normas de la práctica económica del período de 1954–1964 también funcionaron más o menos bien, aunque de forma limitada, o incluso a veces mal. El hecho de que la actual crisis del sistema monetario–financiero mundial posterior a 1971–1972 sea un caso terminal, en el que, dentro de ese marco, no hay recuperación posible, implica que tenemos que comparar varios puntos de referencia. 1) ¿Qué hizo de las reformas de Franklin Roosevelt éxitos tan singulares? 2) ¿Qué cambios radicales, desde más o menos 1961–1972 en adelante, crearon la clase de sistema monetario–financiero mundial fracasado que ahora entra en su fase de desintegración terminal? 3) ¿Qué cambios en la orientación política y económica hubo entre la muerte del presidente Franklin Roosevelt y el inicio de la guerra oficial estadounidense en Indochina, que resultaron en el giro que dio la economía estadounidense, de seguir una tendencia general ascendente, a una caída general en su estado presente de desplome terminal?

3.1 El Sistema Americano y sus adversarios

En el campo de la economía, la mayoría de la gente tiene una dedicación ferozmente apasionada a sus propios prejuicios ignorantes respecto a la realidad de los procesos económicos, temas sobre los que, en realidad, conocen poco o nada. La experiencia cotidiana, ya sea en el cotorreo ordinario, en asuntos de gobierno o en círculos académicos, señala que esta ignorancia es el mayor obstáculo a la confección de políticas económicas competentes para nuestros asuntos ya sea gubernamentales, de negocios, o personales. Esta incompetencia es más extrema en la generación que llegó a la edad adulta durante o después de mediados de los 1960, que en las generaciones relativamente mayores. Sin embargo, llegan momentos, como ahora, cuando la existencia misma de nuestra nación depende de darle a esos ciudadanos aunque sea una dosis mínima de verdadero conocimiento del ABC de la economía real.

Por tanto, uno pensaría que cualquier dirigente competente del Partido Demócrata, o también del Partido Republicano, consideraría que es necesario informarle a la ciudadanía de, por lo menos, el ABC de cómo funciona una economía, antes de pedirle a esos ciudadanos que voten a favor, o en contra, de políticas impositivas, crediticias, presupuestarias y de regulación del gobierno federal, estatal o local. Ya es hora de corregir esa notable omisión.

Hoy, la ignorancia popular y oficial combinada en cuanto a este asunto es profunda: muy, muy profunda, y extensa, extensa, extensa.



El comandante en jefe de la inusual operación política para salvar al Partido Demócrata y, por consiguiente, a los EU y al mundo, no es otro que Lyndon LaRouche, al mando de su Movimiento de Juventudes Larouchistas.

Un caso pertinente es el desplome notorio de agosto–septiembre de 1998 de la especulación, basada en Nueva York, con los bonos GKO de Rusia. Con el proceso de transformación de la economía de los EU, después de 1964, de la primera sociedad productora del mundo en una utopía “posindustrial”, la población estadounidense ha sufrido una pérdida acelerada de concepción de aun aquellos aspectos más simples de la realidad económica que eran más o menos conocidos en los tiempos cuando nuestra población en realidad producía la mayor parte de entre los elementos físicos indispensables de su propia vida familiar y comunitaria. Así, en la década reciente, se les dijo a los creyentes crédulos que la revolución de la “informática” que produciría esas máquinas “masca números” superrápidas llamadas ordenadoras, nos podría hacer ricos a todos; sólo que no resultó, y mucha gente aún no ha entendido por qué no funcionó tal y como lo había prometido el manual de instrucciones que venía con el producto.

Sin embargo, aun en ese entonces, en las décadas inmediatamente después de la guerra, cuando nuestra fuerza laboral todavía producía una parte significativa de lo que consumía, la comprensión del ABC de la economía ya era incierta, si no algo peor.

Podemos ilustrar la causa de esa trágica ignorancia popular del ABC de la realidad económica, al considerar los ejemplos clínicos de estados mentales de negación que deben reconocerse en la difusión de dos creencias disparatadas comunes respecto a la economía, mismas que uno encuentra como argumentos en las calles o en las aulas universitarias de hoy. El primero de estos ejemplos es la muy difundida noción de que la función de la moneda en tanto poder de compra, es el principio esencial de la economía nacional. La segunda noción, un poquito menos difundida, es que las materias primas, tal y como se les extrae de la tierra, son la fuente primaria y el factor determinante de los “verdaderos” valores económicos.

Estas dos ilusiones explícitamente anticientíficas y muy difundidas, han servido como las premisas usuales de argumentos en contra del sistema constitucional en el que se fundó la república de los EU. Detrás de esas dos controversias, está la ausencia, en el monetarista y el fisiócrata, de cualquier idea funcional eficiente de la existencia de una diferencia esencial entre el hombre y la bestia. Un monetarista típico es un profesor de economía del que puede sospecharse que pretende casarse con una mona (a lo mejor una de sus estudiantes) por el dinero de su papá.

Dado que el mundo —que resulta que incluye a los EUA— está en aprietos económicos muy grandes, es de suma importancia, en especial en los próximos tres meses de la actual campaña electoral nacional, que por lo menos algunos de entre nuestra clase política, y otros ciudadanos también, adquieran algún sentido de lo que en realidad hace funcionar a una economía saludable, en particular cuando la totalidad del actual sistema monetario–financiero mundial se tambalea sin control al borde del desplome.

Hoy, la prueba más conveniente empleada para demostrar la necesidad de las ilusiones de tanto los monetaristas como los fisiócratas, es ese conocimiento del concepto de la noosfera, un descubrimiento decisivo de uno de los principales científicos físicos del mundo en el siglo 20, el biogeoquímico Vladimir I. Vernadsky. Los principios esenciales de esa ciencia de la economía física, tomados de la obra de Godofredo Leibniz como la base para el principio constitucional central de la Declaración de Independencia estadounidense de 1776, hoy puede recapitularse con poder mucho mayor sobre la base de las implicaciones de la obra del científico Vernadsky.

Esos principios de una ciencia de economía física que fueron empleados por los seguidores de Benjamín Franklin para desarrollar un sistema de economía política científicamente superior a cualquier otra cosa producida por Europa hasta la fecha, aportó la base para el ascenso de los EU, en el intervalo 1861–1963, a lo que era no sólo la mayor y más progresiva potencia económica mundial en nuestro planeta, sino también la única doctrina de economía política que ahora existe, hasta la fecha, como una alternativa seria al sistema británico, desarrollado bajo lord Shelburne de Gran Bretaña en el siglo 18.

Las doctrinas de Karl Marx y sus seguidores, por ejemplo, son meramente un derivado rebelde del sistema británico defectuoso en lo intelectual de la Escuela Haileybury de Shelburne. Así, irónicamente, en la antigua Unión Soviética la aplicación del avance científico para objetivos militares fue sobresaliente, mientras que, resultado de no tomar en cuenta aquellos principios de emprendimiento que son propios de la empresa mediana en manos de unos pocos, a diferencia de las grandes sociedades anónimas estadounidenses, por ejemplo, en comparación, el desempeño de los gerentes en el sector civil eran de una pobreza atroz.

Vernadsky, quien trabajó de forma explícita en la gran tradición epistemológica de la ciencia física europea, que viene desde Tales y los pitagóricos, definió el desarrollo “históri-

co” de la geología del planeta Tierra como el efecto combinado de tres clases diferentes de principios físicos universales: el no viviente, el viviente, y los poderes creativos mentales (humanos) de la cualidad que los griegos antiguos identificaron como *dúnamis*.

Desde la óptica de una mejora de la geología denominada biogeoquímica, acumuló pruebas que demuestran la transformación de la cualidad abiótica de la Tierra por la influencia superior de largo plazo de los procesos vivientes, procesos gobernados por un principio físico universal de *vida*, que opera en un nivel de acción cualitativamente superior que los procesos abióticos. Definió ese efecto como “la biosfera”. También demostró, por los mismos métodos experimentales de prueba de principio, que esos poderes mentales creativos de formación de hipótesis, por medio de los cuales la humanidad desarrolla conocimiento de los principios físicos universales susceptibles de demostración experimental, son una cualidad de poder superior a tanto los procesos abióticos como los vivientes, como tales.

Es notable que, contrario a los prejuicios acostumbrados entre nuestra gente hoy, estas nociones ya existían entre griegos antiguos que hacen al caso en tiempos de los pitagóricos y Platón. La definición de Vernadsky de la *noosfera*, en tanto forma superior de principio, y de existencia, a la *biosfera*, recalcó los cambios, aun en cuanto a peso, en la composición de nuestro planeta, con el resultado de que los efectos de los procesos vivientes, incluidos los fósiles, están dominando nuestro planeta cada vez más; y que el ritmo al que la actividad humana, y los fósiles de la actividad humana, están dominando la *biosfera*, es un factor independiente cuando menos tan imponente como el efecto de los procesos vivientes.

De hecho, buena parte del propósito incluido de la exploración del espacio intrasolar cercano, y más allá, tiene como foco los objetivos implícitos en el impacto de la influencia original de Vernadsky en la ciencia del espacio soviética, y del mundo en general. Dado que los principios de la vida y de la cognición (*noesis*), tienen la cualidad experimental de principios físicos universales, la pregunta obvia es: ¿Qué efecto ejercen tales principios físicos universales, que encontramos en la vida y en la cognición humana en la Tierra, en el universo fuera de la Tierra misma? ¿Qué pruebas podemos descubrir al respecto al explorar no sólo los residuos en la Luna y Marte, sino en la manera en que el sistema solar opera como una totalidad?

Los descubrimientos de Vernadsky, tal y como he abordado estas conexiones en mi libro de 2001, *The Economics of the Noosphere* (La economía de la noosfera), fueron un eco del marco de la fundación de la ciencia moderna de la economía física, por parte de Godofredo Leibniz. El descubrimiento singularmente original de Leibniz de un cálculo infinitesimal, en respuesta al reto dejado por Kepler; el descubrimiento de Leibniz, con Jean Bernoulli, del principio físico universal de la acción mínima, basado en la catenaria; y su desarrollo de aquel concepto de *mónada* que su sucesor, Bernhard Riemann, más tarde identificó mediante un uso específico de la

palabra alemana *Geistesmasse*; son todas y cada una ecos de la ciencia griega antigua de los pitagóricos, Platón y demás, y los fundamentos para los avances mostrados por destacados científicos posteriores, tales como Vernadsky.

Leibniz también fue el descubridor original del principio físico elemental de una ciencia de la economía física y, de manera relacionada, de aquel concepto —contrario a John Locke—, del principio de “la búsqueda de la felicidad” que Benjamín Franklin y los jóvenes colaboradores de Franklin emplearon al elaborar la Declaración de Independencia, que adopta este principio como el principio de intención constitucional central dentro de la Declaración de Independencia de 1776. Este mismo principio, en una forma ampliada, es la declaración adoptada de principio gobernante de todos los otros aspectos de nuestra Constitución federal y ley federal, en el preámbulo de la Constitución federal de los EU.

Consideremos la distinción esencial, de principio físico, entre el hombre y las bestias: el poder del individuo humano, expresado en el descubrimiento y la reescenificación de un descubrimiento original de principio físico universal validado por experimento. Las pruebas hoy son que estos principios descubiertos, tales como el descubrimiento singularmente original de Johannes Kepler del principio de la gravitación universal, representan principios físicos universales del universo previamente existentes. Sin embargo, aceptando eso como la mejor prueba hasta la fecha, el hecho es que la humanidad, que aparenta tener las capacidades de un simio superior para mantener unos cuantos millones de individuos, ha podido hacer evolucionar el desarrollo de su cultura para mantener una población de más de seis mil millones de individuos vivos. Este aumento de la densidad relativa potencial de población de la humanidad, refleja el papel que desempeñan esos poderes singularmente humanos que hacen posible el descubrimiento y uso de principios físicos universales.

Esa diferencia absoluta entre los simios superiores y el hombre, es la fundación de cualquier noción científica de lo que debe entenderse por “economía”. *La verdadera ganancia en la producción de una sociedad se ubica, en esencia, en la habilidad de la especie humana, a través de una capacidad por descubrir y aplicar principios físicos universales, de aumentar el rendimiento neto de la producción de la sociedad, per cápita, por encima del nivel de consumo requerido para generar ese producto.*

En este sentido, la sociedad moderna organizada con cordura divide su actividad productiva en dos categorías generales, la pública y la privada. Nuestro gasto público, como por ejemplo para instituciones de atención médica, de educación, y de lo que llamamos infraestructura económica básica en general, lo suministra, en lo principal, la función que desempeña el gobierno en la economía, de aportar y mantener aquellas condiciones de vida y de producción necesarias para el crecimiento neto continuo del producto y el ingreso, ambos per cápita. En el sector privado, fomentamos la creatividad del operario y el empresario individuales, con la idea de estimular

esas actividades creativas voluntarias en el diseño del producto y los procesos de producción, de las que dependemos para un aumento continuo del producto total, por encima de los costos de la producción. Al respecto, el gobierno sabio regula la economía en su conjunto usando medios —tales como una política de “precio justo”—, para asegurar que los precios no caigan tanto que se destruya la formación de capital y el avance en la capacidad emprendedora, necesarias para sostener el progreso continuo de los poderes productivos netos per cápita del trabajo de la industria, la empresa y la sociedad en su conjunto. Esto no significa que el principio emprendedor necesariamente esté ausente de las operaciones gubernamentales; ahí, lo que es decisivo en lo inmediato para ser competente es la orientación hacia los resultados de una misión, a diferencia del factor de la motivación por ganancias.

En todos los aspectos de la economía, para el economista competente el dinero es, en el mejor de los casos, un idiota por naturaleza. El dinero no tiene moralidad, ni idea de qué hacer consigo mismo, ni juicio sobre los lugares a los que tiende a correr. El dinero es propiamente una creación del Estado, y el Estado regula su emisión y circulación con instrumentos, como las políticas impositivas y arancelarias, que pretenden facilitar la función de circulación que sirve. Consideremos algunas de las ideas más risiblemente lunáticas sobre el dinero que circulan entre nuestros ciudadanos sugeribles.

3.2 Cuentos extraños sobre el dinero

La mayor parte de las ilusiones populares en lo que toca al dinero que uno encuentra en la típica conversación de la esquina o el aula universitaria de hoy, derivan de la influencia de un caballero bastante malicioso y de atributos mefistofélicos, Paolo Sarpi, quien en su momento fue prácticamente un tirano de Venecia. Este caballero sulfúreo, a quien Galileo Galilei sirvió como lacayo doméstico, fue responsable por una simplificación radical del dogma de Aristóteles, cuyo producto llegó a conocerse ya sea como “empirismo” o la “Ilustración” francesa y angloholandesa del siglo 18. Esta doctrina, y sus variantes, proporcionaron la base para las ideas contaminadas de sir Francis Bacon, Thomas Hobbes, John Locke, David Hume, Adam Smith, Leonhard Euler, Jeremías Bentham, y numerosos otros de esa misma especie intelectual, durante aquellos siglos.

La distinción esencial del empirismo y sus derivados ha estribado en una doctrina conocida como “reduccionismo”, que parte del supuesto de que el universo está compuesto de bolitas duras que revolotean en un espacio de otra manera vacía, de tres dimensiones lineales, y con una simple dimensión lineal del tiempo, que corre del pasado al futuro; un sistema cartesiano es típico de esto. No se toma en consideración la creatividad real, ya sea de Dios o del hombre, en ese llamado sistema reduccionista; pero, cualquier cosa que al parecer no pueda explicarse dentro de ese sistema empirista, por lo general suscita cosas bastante estafalarias, tales como

las ideas de economía política asociadas con tales lunáticos de remate como Bernard Mandeville, Adam Smith y el fisiócrata François Quesnay, de quien Adam Smith plagió buena parte de su propio opúsculo de propaganda antiamericana de 1776, *La riqueza de las naciones*.

Es notable que Mandeville, notorio como el autor de una obra de 1714 con el título revelador de *La fábula de las abejas: vicios privados, virtudes públicas*, es hoy el semidiós de la Sociedad Mont Pelerin de Milton Friedman y el finado Friedrich von Hayek. Leyendo a Mandeville, a Friedman y a Von Hayek, uno puede claramente imaginarse a unos pequeños demonios que aparecen de forma inesperada de debajo de las tablas del piso, y conducen a los pecadores susceptibles hacia aquellos vicios demoníacos que, es de suponer, le rinden ganancias a los propietarios de la sociedad.

Adam Smith, el putativo teólogo de corte bogomil y plagiaro de François Quesnay, no es más cuerdo que su predecesor, Mandeville; sólo es menos juguetero. Su principio del “libre cambio” que extrae del “*laissez-faire*” del fisiócrata Quesnay, implica que hombrecitos verdes, desde abajo de las tablas del piso, tiran dados cargados para determinar, mediante tales métodos estadísticos, la ganancia o la pobreza a otorgársele a los ciudadanos incautos de arriba.

La doctrina fisiócrata de Quesnay no convoca a ningunos de los demonios del sectarismo de Mandeville y Smith; le atribuye la riqueza de los bienes inmuebles a los poderes mágicos de la posesión del terrateniente titulado, de un pedazo de papel que le confiere posesión de esa propiedad, dejándoles a los campesinos nada que no sea lo que se le daría de comer al ganado. Las pretensiones científicas de toda la sarta de economistas empiristas descansan en su *abracadabra* económico, en nada que sea esencialmente diferente a la misma suerte de fantasías sobrenaturales descabelladas.

El presidente de la Reserva Federal Alan Greenspan, al emerger de una sesión espiritista en su tina de baño, mezcla *abracadabra* con el parloteo delfico de Pitia, sin decir nada en realidad, pero insinuando cualquier cosa y todo, para así afirmar su supuesta posesión personal de poderes mágicos. *¡Miren nada más cómo los incautos pasmados boquiabiertos adulan con servilismo tamaña charlatanería!*

La clave de todas estas farsas, que por lo general se hacen pasar en las universidades por la solemnidad del dogma económico contemporáneo, es Venecia. El término que le corresponde a esta charlatanería es *usura*, pero el uso de esa palabra es engañosa por la manera en que de manera implícita minimiza la gravedad de las ofensas perpetradas bajo esta artimaña.

3.3 El sistema veneciano

Venecia no originó la práctica. La práctica de la usura por parte del culto pitio a Apolo, en Delfos, estaba ahí mucho antes de que Venecia emergiera como una suerte curiosa de poder imperial a orillas del Adriático. Para los propósitos de esta plataforma basta concentrarnos en lo que toca a Venecia

en tanto progenitora de su engendro imperial bastardo, el sistema liberal imperial angloholandés de hoy.

Por Venecia, queremos decir el surgimiento de esa potencia marítima y ciudad-Estado que emergió como una fuerza dominante por toda Europa y lugares aledaños, en el curso del declive del poder anterior de Bizancio. El pacto de Venecia con la principal potencia terrestre del momento, la Normandía de los caballeros, que era la potencia *ultramontana* gobernante de toda Europa, constituyó el obstáculo principal a la creación del Estado nacional soberano, desde aproximadamente comienzos del siglo 11, hasta fines de aquella Nueva Era de Tinieblas del siglo 14, que las políticas de Venecia produjeron en Europa como un todo.

Lo importante es introducir de esta manera unas cuantas observaciones sobre algunos rasgos salientes que vienen al caso de la historia de ese sistema medieval ultramontano, rasgos salientes que son necesarios aquí, para que queden claros varios aspectos de importancia decisiva en lo que toca al actual desplome monetario-financiero global en curso.

No fueron los acontecimientos de ayer que conformaron la historia de hoy; en lo principal fueron los supuestos imperantes, desarrollados a lo largo de siglos, que produjeron esos acontecimientos, que en realidad conformaron el comportamiento de sociedades dentro de la experiencia de cualquier generación específica. El hecho de que Juan haya golpeado a Pedro en realidad no causó la guerra que sobrevino; fue una larga historia anterior que conformó la cultura y los acontecimientos que movieron a Juan a que golpeará como lo hizo, y a Pedro a reaccionar como lo hizo. Son las fuerzas de la cultura profundamente arraigadas dentro de nosotros, a menudo a lo largo de muchas generaciones antes de nuestro nacimiento, fuerzas de la cultura conformadas por acontecimientos interpuestos, que arman la escena y las condiciones para que ocurran los actos inmediatos y sus consecuencias en los campos contemporáneos de hoy.

Venecia, con sus socios normandos, fue una especie de imperio. Reinó sobre toda Europa, aunque no sin resistencia, usando el mismo método de dividir para conquistar, que empleó la Compañía de las Indias Orientales británica en la llamada guerra de los Siete Años del período previo a 1763, para poner a todas las potencias de Europa continental a matarse la una a la otra, en donde Gran Bretaña le asignó a la Prusia de Federico el Grande la función principal de lograr el surgimiento de Gran Bretaña, en 1763, como el imperio virtual que sigue siendo hasta la fecha. La Venecia medieval, como la influencia controladora detrás de cambistas usureros tales como Biche y Mouche, los bribones notorios de la casa Bardi, había financiado guerras de un tirano menor contra otro, llevándolos a la ruina común, y haciéndolos cautivos endeudados de sus acreedores venecianos. La práctica moderna del imperialismo liberal angloholandés, ha aplicado los mismos métodos con liberalidad en contra de los Estados nacionales de la Europa continental y otras partes.

El desplome del poderío veneciano-normando en la Nue-



Los jóvenes larouchistas fueron los verdaderos dirigentes en la convención demócrata de Boston.



va Era de Tinieblas de mediados del siglo 14, había creado la oportunidad en la que los herederos espirituales de Abelardo, Dante Alighieri, Petrarca y otros pudieron emprender esos concilios de la Iglesia y otras actividades, tales como revivir el papado en torno al cardenal Nicolás de Cusa y sus amigos, por los que al fin pudo iniciarse el Estado nacional moderno en la Francia de Luis XI y la Inglaterra de Enrique VII, mediante la coordinación con el llamado Renacimiento Dorado de la forma griega clásica de la tradición cristiana en Italia.

Sin embargo, a fines del siglo 15, el poder de Venecia había repuntado a tal grado que pudo emprender un contrarrenacimiento, mismo que dominó y arruinó a Europa con guerras religiosas y relacionadas, guerras armadas por Venecia y sus clientes Habsburgo en el intervalo de 1511–1648. Fue en este proceso, en especial a resultados del Tratado de Westfalia que estableció el derecho internacional moderno entre las naciones civilizadas, que el poder de Venecia en tanto potencia marítima armada disminuyó, al grado de que empezó el proceso de transferir su poderío armado a una oligarquía financiera angloholandesa, aliada a la oligarquía financiera veneciana y modelada en ella. Esto continuó al grado de que el partido político gobernante de la Gran Bretaña liberal angloholandesa del siglo 18 de los Walpole, Shelburne y demás, era conocido, con la connotación plena de su notoriedad, como “el Partido Veneciano” de ese siglo.

Esos sucesos son la raíz del sistema de economía política cuyo poder y evolución continuos han llevado al mundo, en últimas, al borde de una nueva era de tinieblas hoy. El conflicto del siglo 18 entre la influencia imperial del liberalismo angloholandés, y la creación de la república constitucional de los EUA, sigue siendo la llave de toda la historia moderna desde 1776–1789. Esta historia, vista así, es clave para entender no sólo las características generales de los sistemas monetario–financieros desarrollados desde 1763 hasta la fecha, sino también el estado mental patológico encontrado en las

ideas populares sobre el dinero, no sólo en el aula de clases, sino en los simples prejuicios instintivos de los ciudadanos ordinarios hoy.

Ahora, examinemos el otro lado del asunto y, después de eso, regresemos a nuestros temas finales. Las principales obligaciones restantes de esta plataforma ahora son las siguientes. Primero, completar el tratamiento de los temas de principio en economía, como tal, y, en conclusión, esbozar las acciones generales a las que el Partido Demócrata tiene que comprometerse por el aproximadamente cuarto de siglo de gobierno, de los quizás tres presidentes demócratas que vienen.

La necesidad de interrumpir ahora la presentación de los problemas de economía, quedará clara en el transcurso de las siguientes porciones del texto.

4. La diferencia entre el hombre y la bestia

El concepto del Estado nacional republicano soberano, del que se derivó la existencia de nuestra república, ocupa una página peculiar en la historia y la prehistoria conocidas de la especie humana en su totalidad. La noción de la república, de la que se derivó nuestra nación, viene de la Grecia antigua, en particular al entrecruce de las influencias tanto de la tradición científica de los pitagóricos y de Tales, y la intersección del concepto de república de Solón, con la congruencia de los diálogos de Platón y el cristianismo apostólico de, sobre todo, el Evangelio de Juan y las Epístolas de Pablo, más notablemente **Corintios I:13**.

Estos conceptos son guías indispensables para construir un orden mundial eficazmente justo y duradero entre los Estados nacionales soberanos hoy. Son conceptos, comprendidos

como conceptos científicos, como el compromiso de principio de Cotton Mather y Benjamín Franklin a hacer el bien, que fueron profundamente arraigados en la fundación de la república de los EUA, mediante la influencia de los pensadores propios más grandes de Europa de ese siglo, y antes, tales como Godofredo Leibniz, Benjamín Franklin y sus círculos más cercanos.

Para entender los asuntos de la economía hoy, nos vemos obligados, por consideración a la competencia en la selección de argumento, a hacer las siguientes referencias al tema de las creencias religiosas. Esto es necesario para los propósitos científicos que ahora planteamos a continuación, y también para referirnos a aquellos abusos del nombre de la religión, que corrompen en lo moral, como los de las perversiones de esos seguidores lunáticos de los agraristas de Nashville, que ahora amenazan con dividir y destruir nuestra república desde adentro.

Aunque nuestra república constitucional con razón ha rehusado someterse a la autoridad especial de cualquier religión específica, esto no excluye la autoridad de aquellos principios universales que, al igual que los principios físicos universales de la ciencia, son comunes (y no por accidente) a los argumentos propios de los apóstoles Juan y Pablo, y los de Filón de Alejandría y de otras figuras que vienen al caso de su generación de hace ya más de 2.000 años. El centro de todos esos principios es el concepto de un universo gobernado por leyes, concepto expresado también como la inmortalidad del alma humana individual, un concepto que pone al ser humano absolutamente aparte y por encima de todas las formas inferiores de vida. La noción de la república, tal y como se desarrolló esta noción moral indispensable dentro de la civilización europea desde la Grecia antigua, no sería posible sin esos conceptos que ubican al hombre y a la mujer, por igual, por encima de todas las otras especies, y como hechos a semejanza espiritual del Creador.

Estas nociones, en lo que atañe al concepto de la naturaleza especial de la humanidad, son la fundación de esa ley moral, también conocida como ley natural, sustento de todo gobierno legítimo, y a la que correctamente se somete.

En particular, por ejemplo, el concepto empirista cartesiano de economía política, y otros parecidos, es, de por sí, una violación de esa ley natural, una ofensa contra la naturaleza esencial de cualquier ser humano en general y de la sociedad, y de un orden justo en economía política en particular.

Respecto a los temas que atañen a los asuntos internos de las creencias y las prácticas religiosas, el Estado no debe entrometerse en los asuntos del Creador. Dejemos que Él resuelva esas cosas. Nosotros no toleraremos otra Inquisición, nunca más. El mero hecho de proponer una Inquisición, tal y como algunos papas y otros han llorado —virtual o aun literalmente— por el historial de la Inquisición, es un crimen y, por su naturaleza, un crimen de cualidades satánicas, tanto contra Dios como contra el hombre. Por satánico, queremos decir la manera en que el partido nazi de Hitler valiose de

conductos del culto a la *Hispanidad*, controlados a través de esa creación de Hitler que fue la España de Franco, para usar a canales de la Iglesia para promover crímenes nazis en varias partes del mundo, incluida América Central. Siguen existiendo ciertos asuntos tocantes al tema de lo que de otra manera es creencia religiosa, que son de la responsabilidad del gobierno. Debemos limitar nuestra atención aquí a esos asuntos.

A lo largo de la historia del desarrollo de la civilización europea desde la antigua Grecia, esta noción de una autoridad universal, el Creador, no es un concepto vago, deísta, sino la noción de un principio eficiente, una personalidad definida cuya cualidad es aquella que irradia en la forma que conocemos como el aspecto inmortal del ser humano mortal viviente. De este sentido de la noción de una relación personal continua, eterna con ese Creador, derivamos todos los principios morales eficaces que propiamente son aplicables a los asuntos internos y externos de los Estados soberanos, y respecto a los derechos humanos naturales que la sociedad habrá de honrar en cada uno y todos los individuos.

Entre los pensadores científicos prearistotélicos de la antigua Grecia, tales como Tales, los pitagóricos y Platón, estas distinciones implícitas entre el hombre y las bestias se basaban, de manera central, en la prueba científica física de que el hombre, a diferencia de las bestias, puede aumentar a voluntad lo que la terminología moderna denominaría la densidad relativa potencial de población de la especie humana: el poder para descubrir aquellos principios físicos universales mediante los cuales el hombre aumenta su poder en el universo a voluntad, como podría medirse per cápita y por kilómetro cuadrado. El aumento de la población humana, hasta miles de millones hoy en día, por encima de los lastimosamente pocos millones posibles para una especie de simio superior, es ejemplo de esta diferenciación singular de la especie humana.

Esa diferenciación absoluta, cualitativa y medible del ser humano por encima de todas las otras especies, señala la definición correcta de la especie humana como una especie que cambia al mundo en el que existen procesos nominalmente no vivientes y vivientes, efectuando cambios en ese mundo para bien de la humanidad, cambios que sólo la mente humana individual puede efectuar.

Para nosotros, por tanto, el individuo mortal viviente tiene una naturaleza doble. Por un lado, él o ella es un individuo mortal; a la vez, en el descubrimiento, la aplicación y la transmisión de aquellos descubrimientos de principio físico universal que sólo puede efectuar un individuo mortal inherentemente frágil, el individuo revela una cualidad de inmortalidad que rebasa el dominio de la ciencia física como tal, a una expresión como las más grandes composiciones de arte clásico. Su aporte al descubrimiento y la transmisión de esas cualidades de ideas científicas clásicas, y específicamente artísticas clásicas, que aparta a la especie humana de todos los otros procesos vivientes, y la pone por encima de ellos, expresa la personalidad individual como una influencia personal inmortal que ocupa lo que algunos teólogos han denominado “la

simultaneidad de la eternidad”. En esa imagen de sí, esa persona reconoce con humildad la naturaleza de aquel Creador a cuya semejanza *funcional* se ha creado al individuo. Una personalidad con poderes cognoscitivos, semejantes en su naturaleza a los del Creador, una persona que de forma implícita está asignada a hacer la clase de labor, en y sobre el universo, congruente con la labor creativa continua del mismo Creador.

Así, la ley de las naciones habrá de sentir temor reverente ante esta naturaleza superior sagrada que ocupa el cuerpo mortal de la personalidad humana individual.

La noción tanto del Estado nacional republicano soberano, como de las relaciones apropiadas entre naciones soberanas, la adumbra esta noción de la inviolabilidad del individuo. Esta noción es la fundación de la verdadera república; no existe otra fundación.

4.1 El porqué de la educación

Al terminar la Guerra Civil de los EU hubo liberales influyentes que abogaron por un sistema educativo que no les diera a los hijos de los esclavos una educación que subiera al nivel en el que una persona empleada en la deprivación del trabajo más rastrero pudiera verse alentada a sentirse descontenta con su situación. Este liberalismo le era hostil a las medidas contrarias propuestas por el gran Frederick Douglas, quien había movilizado el movimiento de liberación en contra de la esclavitud, en torno al concepto de que una mente desarrollada a su máximo potencial mediante la cultura universal existente disponible, tiene el espíritu libre, y luchará por liberarse en la realidad.

Hoy, en los EU tiene expresión una perversión moral relacionada con ese caso particular de las políticas educativas que siguieron a la Confederación como el rasgo saliente de nuestro presente sistema educativo. Casi toda nuestra población joven ahora es sometida a una forma de “encasillamiento” depravado en lo moral e intelectual, a efectos similares a los que los liberales le aplicaron a la educación de la generalidad de los esclavos liberados, efectos similares a los que prescribió Huxley en su utópico *Un mundo feliz*. Los cambios en la política educativa hoy, a todos los niveles de clasificación por secciones, han venido a convergir en las metas expresadas por la labor llevada a cabo por el pervertido Congreso a Favor de la Libertad Cultural contra la población tanto de los EU como de Europa, como evidencia el informe de 1963 sobre propuestas reformas educativas emitido por el maltusiano doctor Alexander King, desde la sede parisina de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico.

Las políticas educativas manifiestas en casi todos los niveles hoy, tienen el efecto de un intento por descortezar a nuestra juventud en general. Es de suponer que esta meta aparente justifica las referencias irónicas a George W. Bush hijo como el “presidente de la educación”.

La acusación que habría que imputarle a las políticas de la práctica educativa hoy imperantes, es que su intención ex-

presa es la de deshumanizar al individuo. El introducir tecnologías de la “escuela de habladoras” para aprobar cuestionarios ensayados de escoger la mejor respuesta calificados por ordenadoras, como las pautas competitivas para calificar a distritos escolares que compiten por la obtención de recursos, y combinar los efectos de esa práctica con adoctrinar a los jóvenes en la dionisiaca cultura popular de masas, le inflige un daño cerebral prácticamente permanente, del tipo descrito por el *1984* de George Orwell, o por la opinión accesoria del Congreso a Favor de la Libertad Cultural, a una generación que es de suponerse tendrá el mundo a su cargo dentro de algunos años. Lo que se condena de modo explícito es ese modo de educación clásica humanista que produjo generaciones enteras de dirigentes de la sociedad calificados en el arte de gobernar, en la ciencia, y en las artes. Lo que el presente sistema no sólo pretende negar, sino explícitamente destruir o entorpecer hasta su virtual extinción, son aquellos poderes cognoscitivos de la mente joven individual de la cual hemos obtenido los más grandes genios creativos en el pasado. Estas políticas educativas están convirtiendo a masas de nuevas generaciones de seres humanos a la condición mental y moral de virtual ganado humano.

La intención clara, como la expresan las varias funciones que tuvo en su carrera el mismo doctor Alexander King que difundió el informe sobre educación desde la sede de la OCDE en París en 1963, es casi como ponerle un alto al progreso científico, tecnológico y cultural, e incluso darle marcha atrás a una porción significativa del progreso logrado por la humanidad hasta la fecha.

Lo que tienen que tomar en consideración los ciudadanos es que las tendencias políticas educativas y culturales relacionadas vigentes, no sólo están embruteciendo a la especie humana al máximo, sino que están idiotizando hasta la parálisis esos poderes mentales creativos cognoscitivos de los cuales han dependido todos los descubrimientos válidos de principios universales en lo que toca al hombre y la sociedad de la historia hasta la fecha. Usamos esos métodos para asegurar que nuestros descendientes, tantos como puedan vivir en las condiciones que implican esas prácticas educativas, sean ganado humano embrutecido, en un estado de constante excitación sexual, los virtuales *yahoos* de los *Viajes de Gulliver* de Jonathan Swift.

Esta tendencia deplorable ya ha avanzado mucho en comparación con los talentos y prácticas de los aspectos salientes de desempeño de la generación adulta previa a 1964. Un análisis estadístico de corte transversal muestra que la generación que hoy egresa de nuestras escuelas secundarias y universitarias ya no está preparada para exhibir la calidad de conocimientos y destrezas típica de generaciones previas. Este efecto aparece más claro en el modo en que el avance de la deslocalización ha llevado a desaparecer categorías enteras de destrezas productivas que eran abundantes entre las generaciones previas de estadounidenses y europeos por igual.

La utilidad de la ordenadora digital en tanto dispositivo

de computación o de control es incuestionable. Sin embargo, la ventaja potencial que en realidad pudiera derivarse de semejantes tecnologías es que de esa forma pudiesen removerse del trabajo del hombre esa clase de actividades que son absolutamente menos que humanas, lo que serviría a la intención de liberar la mente del individuo para tareas de un orden superior, cognoscitivo, tareas más acordes a esos poderes creativos cognoscitivos para las cuales la mente humana tiene el potencial, en comparación con la ordenadora digital, que no tiene tales poderes creativos.

Típico de estos efectos secundarios no deseados, es la ilusión de la llamada “inteligencia artificial” que le encajaron a los crédulos, tales como los clones de Bertrand Russell, Norbert Weiner y John von Neumann, e ilusiones afines tales como la “teoría de la información” y el culto a la “sociedad de la información”. La información no es conocimiento; es, en el mejor de los casos, una huella que el conocimiento ha dejado en la arena al pasar. Al seguir el rastro de las huellas tal vez rebasemos el conocimiento; pero la huella en sí no es ni conocimiento, ni humana.

A lo largo de la historia europea conocida, desde la Grecia y el Egipto de los pitagóricos, de Tales, de Solón y de Platón, todo progreso real en la condición humana, en los poderes humanos sobre la naturaleza en términos per cápita y por kilómetro cuadrado, es fruto de lo que esos antiguos griegos conocían como *poderes*, poderes de otra forma definidos como descubrimientos de principios físicos universales validados por experimento, principios por medio de los cuales la raza humana ha podido aumentar su densidad relativa potencial de población, y otros potenciales y condiciones relacionadas de la vida individual de la especie humana. Cuando la raza humana hubiese cesado la búsqueda de tales descubrimientos cognoscitivos del conocimiento, la práctica humana dejaría de ser acorde con la naturaleza que el Creador le ha dado a nuestra especie. Nos convertiríamos, por tanto, en una sociedad en la que el hombre es el lobo del hombre.

Todo lo que acabo de decir tocante a la decadencia de nuestros tiempos es cierto. No obstante, hay algo más de gran importancia que hay que decir. De mi experiencia con el desarrollo de un nuevo movimiento de jóvenes, una juventud compuesta en su mayoría por jóvenes adultos de entre 18 y 25 años de edad, he podido comprobar que, pese a todos los daños que siguen sufriendo por la desintegración acelerada de nuestra economía y sus instituciones educativas y culturales varias, el hecho mismo de que estos jóvenes adultos sepan, y en números relativamente grandes, que no tienen un futuro en una sociedad que pudiera continuar en la dirección escogida por la generación de sus padres, que en general quiere mantenerla; ese hecho, que estos jóvenes reconocen que la presente situación no les ofrece un futuro que valga la pena, les infunde una pasión que la generación de sus padres, o nunca adquirió, o abandonó a favor de varios entretenimientos, fantasías diversas y otras formas de escapismo.

Estos jóvenes, al menos una porción importante de ellos,

están listos a actuar para volver a inspirar a la generación previa, que ha decaído en la flatulencia intelectual, y a ser las bujías energéticas que despierten a nuestra nación y a otras a dar los pasos necesarios para rescatar a ésta, nuestra decadente civilización en mengua, al parecer condenada a desaparecer. Para estos jóvenes, que despiertan a la realidad de nuestra situación, la educación no es un medio de ganarse el pan; es un arma de conocimiento con el cual acabar con las fuerzas bestiales de la decadencia dominante, que hoy han puesto en peligro su civilización, y la nuestra.

La función que le corresponde a una educación de la calidad que produce nuevos y grandes avances en el conocimiento y la práctica de principio en la ciencia física, en las formas clásicas de cultura, y en el progreso tecnológico de la economía, es la de capacitar al hombre a vivir como hombre. El progreso humano es la naturaleza del hombre; el ponerle alto a semejante práctica del progreso impulsada por la cognición es transformar a la raza humana en una manada de *yahoos* en estado de excitación sexual, prácticamente en bestias, en el hombre comportándose como el lobo del hombre.

4.2 La educación y la economía

Hemos regresado al punto en que una vez más estamos listos para abordar las locuras del monetarismo y los menajes de los fisiócratas. Más adelante volveremos a abordar esto de nuevo, en un contexto posterior que le es pertinente.

Como recalca el famoso aforismo atribuido a Heráclito: No hay nada excepto el cambio. Para descifrar la intención de ese aforismo tenemos que emplear el idioma mental de la cultura que lo produjo, la cultura de Tales, de los pitagóricos y del Platón cuyo tratamiento de ese aforismo ha tenido tanto peso decisivo aun hasta el presente.

La distinción característica del individuo humano, y de la mente humana, la distinción que nos hace distintos a todas las especies vivientes inferiores, es precisamente este principio de cambio. Esta noción de cambio es inseparable del hecho de que la raza humana es la única especie que, por el método de la hipótesis, descubre aquellos principios físicos universales existentes de antemano mediante los cuales la humanidad aumenta a voluntad el poder de nuestra especie en y sobre la naturaleza que habitamos. La tradición fija es para los animales, para aquellos a los que hayan degradado hasta aceptar la condición de esclavos; los seres humanos se distinguen a sí mismos de los esclavos, y por encima de ellos, por ese poder creativo que tienen de cambiar al universo a través del descubrimiento y el uso de principios físicos. Como el Prometeo de Esquilo denuncia al Zeus olímpico de corte satánico en este sentido, la tradición oligárquica conocida por la experiencia humana depende, para seguir ejerciendo su poder político sobre gente a la que trata como virtual ganado humano, de negarle a esos subalternos el acceso al verdadero conocimiento, lo que en la práctica es el poder de cambiar cosas, el poder arraigado en el acto de descubrir un principio físico universal validado por experimento.

Ése es el significado del uso del término *poder*, es decir, del griego *dúnamis* en la tradición científica clásica. Representa, en la práctica, el poder adquirido por el hombre para cambiar la forma en que pueda causar que su universo responda con obediencia a la humanidad.

La verdadera historia de la especie humana es la de su progreso a través de generaciones sucesivas. La transmisión del progreso de aquellos que han muerto a los que todavía están por nacer, es la transmisión del conocimiento de calidad para la práctica que representa el descubrimiento de un principio físico universal, como la tradición de los pitagóricos y de Platón trata tales ideas (es decir, poderes), y su transmisión. Hete aquí la definición apropiada de educación para la gente de una sociedad de veras libre. Hete aquí la experiencia práctica más accesible de lo que constituye la inmortalidad del individuo humano muerto; hete aquí, precisamente aquí, donde se encuentra la alternativa correcta del principio universal que debe regir la educación.

Hete aquí ese principio de veracidad que separa un concepto moral del mundo del liberalismo, cuya práctica habitual de la sofistería viene a ser la práctica viciosa de un temerario desapego a la verdad, del odio hacia expresar la verdad en favor de lo que podría pasar por mera opinión popular. Así, con el magistrado Antonin Scalia, por ejemplo, la sociedad hoy virtualmente proscribió el principio de la verdad en la ley, y eso para favorecer una forma en extremo radical de un virtual “nominalismo de diccionario”, en el que él rescribe el diccionario según los dictados de su capricho.

En la física matemática, por ejemplo, esta noción de educación para la inmortalidad la expresa el concepto de Leibniz de “el mejor de los mundos posibles”, y el concepto relacionado de que lo propio de la ley de la sociedad es “la búsqueda de la felicidad” mediante el progreso asociado con los beneficios y la transmisión del progreso científico fundamental, tanto en la práctica física sobre la naturaleza como en la composición artística clásica.

En la ciencia de la economía física la verdadera ganancia y un principio universal de cambio son nociones intercambiables. En primera aproximación, es a través del progreso fundamental en el descubrimiento de nuevos principios físicos universales de la ciencia física, que el hombre logra aumentar el poder de nuestra especie sobre la naturaleza, per cápita, y por kilómetro cuadrado de la superficie terrestre. Este proceso se complementa con el descubrimiento de esos principios universales en la forma de composiciones artísticas clásicas que corresponden a la forma en la que los principios descubiertos de relaciones sociales entre las mentes son divulgados y aplicados en la práctica.

Estas relaciones de cambio en los principios empleados, que conectan a generaciones sucesivas de la sociedad son la expresión práctica de la inmortalidad de la personalidad humana viviente. La permanencia del cambio a través de la transmisión de semejante conocimiento para la práctica, de una generación a la otra, precisamente porque atañe a princi-

pios que por su naturaleza son universales en la naturaleza, es la expresión tangible de la inmortalidad individual. Es característico que la comprensión sistemática de esas relaciones venga de una práctica clásica en el estudio de la historia.

El humanismo clásico, como esa noción se entiende de un modo correcto y eficaz, es la transmisión de un sentido de historia universal que se hace a través de experimentar de nueva cuenta el proceso de descubrir, transmitir y aplicar principios universales descubiertos en lo físico y en la composición artística clásica, a través de generaciones sucesivas. El progreso de la cultura clásica griega a partir de tales puntos de referencia como las leyendas de Homero, a través del estudio de la tragedia como reflejo de esa tradición homérica, y la emergencia de aquello que yace por encima de la tragedia, el concepto socrático de lo Sublime que presentan los diálogos de Platón y la obra del historiador y dramaturgo Federico Schiller es, como Guillermo de Humbolt siguió a su mentor Schiller en este respecto, la norma correcta para regir las políticas educativas tanto en Europa como en las Américas hoy.

Es hora de arrancar de raíz esas doctrinas miserables de la práctica educativa actual, doctrinas que, de hecho, reducen a los estudiantes casi al estado de *yahoos*. Por *yahoos* quiero decir las hordas que noche a noche bailan *rave* como chimpancés en celo, meneándose hacia la insensibilidad cognoscitiva, fugitivos de la pasión específicamente humana de la cognición. Esta combinación de lo peor en las prácticas educativas de un pasado previo a 1964, con el ataque literalmente salvaje contra el legado de la educación clásica humanista, ha hecho lo máximo por destruir a nuestras jóvenes generaciones de modos tales que auguran un descenso de la especie a un grado tal, del que la presente civilización nunca podría recuperarse, hasta que el disgusto con las tendencias actuales lleve a generaciones futuras a regresar a esos principios de práctica que en Europa se han conocido como prácticas humanistas clásicas. Las prácticas de una era más feliz en la educación y en otros campos, antes de la rabiosa obra de deshumanización del Congreso a Favor de la Libertad Cultural.

En el caso del monetarismo y de la obsesión fisiócrata, el problema a considerar es si esos sistemas obsesivos de creencia parten de la premisa de rehusarse a tomar en cuenta esos rasgos del progreso económico que son específicamente humanos, como se ha bosquejado esa noción funcional de humanidad en estas páginas. Además de lo recalado hasta el momento, ha de subrayarse ahora otro punto científico respecto a los procesos económicos.

4.3 Cómo funcionan las economías en realidad

Piensa en la falla fatal implícita aun en la relativamente mejor práctica del censo nacional de manufacturas y agricultura de los EU luego de la Segunda Guerra Mundial. El método lineal del ahora difunto profesor Wassily Leontief es característico. La debilidad en lo que de otra forma era la práctica útil de contabilizar el ingreso y el producto nacional de los



El Sistema Americano de economía política cristalizó en los esfuerzos del Nuevo Trato de Roosevelt, por ejemplo, en la presa Grand Coulee, y en docenas de enormes obras de infraestructura como esta.

EU, hasta la introducción del fraude del factor del “ajuste de calidad” de forma cada vez más temeraria a principios de los 1980, es que aunque los efectos producidos por una economía real (es decir, física) pueden reflejarse, como se reflejan las sombras, por los métodos descriptivos de la contabilidad lineal del producto y el ingreso nacionales, el proceso que produce esos resultados adumbrados no ocurre de una forma que en realidad corresponda con esos métodos estadísticos de contabilizar el ingreso y el producto nacionales.

Las economías reales, es decir, donde realmente ocurre la acción pertinente, no sólo son “alineales”; son específicamente riemannianas, en el sentido que he empleado ese uso de riemanniano para definir los procesos físico-económicos desde principios de los 1950. Por ello quiero decir, para poner en autos a los especialistas aplicables, la perspectiva revolucionaria de los principios generales de la curvatura física de Carl F. Gauss, presentados de forma sumaria en la disertación de habilitación de 1854 de Bernhard Riemann, enriquecida de forma notable por el tratamiento que Riemann le da a las implicaciones generalizadas de las funciones abelianas. Es irónico que el principio decisivo que Riemann plantea de forma moderna, lo prefigura el modo en que el concepto de poderes es empleado, contrario a la noción moderna de torre de marfil de una geometría euclidiana o cartesiana, por la geometría física griega prearistotélica, por una geometría física tal como la de los pitagóricos y la del colaborador de Platón, Arquitas, y la del propio Platón.

El argumento es como sigue.

Desde el principio de su disertación de habilitación de 1854, Riemann proscribió de la física toda noción apriorística euclidiana, cartesiana o parecida de definiciones, axiomas y postulados “autoevidentes”. Obliga a la ciencia física, y a su

física matemática correlativa, a remplazar la noción apriorística de “dimensiones”, al excluir todas las nociones de universales que no sean pruebas definidas mediante experimento de esas hipótesis socráticas, las que, por tanto, califican como principios físicos universales.

El acento que pone Riemann en esto representa un retorno enfático a las nociones pitagórica y relacionadas de una geometría física eficiente de la noción de Gauss del dominio complejo, como fuera expresado primero de forma pública en el ataque de 1799 de Gauss contra las sandeces de Euler, Lagrange y demás: en vez de una geometría ideal o abstracta, una geometría basada en principios de acción física eficiente definidos por experimento. La perspectiva de Gauss constituye un rechazo de otra en la que la acción es tratada como un efecto adumbrado proyectado sobre una geometría abstracta *a priori* (de “torre de marfil”). Otro término para el método de Gauss se encuentra en la adopción y posterior desarrollo por parte de Riemann del principio del *análisis situs* de Leibniz. Para propósitos del estudio de la economía física, esto significa los términos de remisión para la economía física de la noción generalizada de las superficies de Riemann.

Este método, que de forma implícita le es común a la física riemanniana, y a los pitagóricos prearistotélicos y a Platón, define la única acción más o menos independiente que puede realizar el hombre sobre el universo, como el efecto de la imposición de un principio físico universal validado por experimento sobre el dominio pertinente. Esta acción, al añadir un nuevo principio del universo conocido al repertorio del conocimiento humano para la práctica, tiene el efecto de alterar la geometría del universo de la práctica humana de un modo fundamental. El método de Riemann, mediante la aplicación de este descubrimiento, tiene el efecto de crear una nueva geometría física en el universo de la práctica humana.

La acción ordinaria que no implique la introducción de un nuevo principio universal a la acción de marras, no cambia el carácter esencial de la práctica del hombre. Es sólo la aplicación eficiente de principios físicos universales de nueva cuenta descubiertos, o redescubiertos, o de principios comparables, lo que cambia la geometría del universo de la práctica humana de modos que fomenten el aumento generalizado de la densidad relativa potencial de población de la especie humana per cápita y por kilómetro cuadrado del área de superficie de la tierra. Esa acción cambia la geometría física de la economía en su conjunto; son esos cambios en la geometría de la economía en su conjunto los que constituyen el origen del aumento generalizado de los poderes productivos de la raza humana a largo plazo. Éste es el único principio físico real que explica la generación efectiva de utilidades legítimas en una economía moderna; todas las definiciones contrarias son, en últimas, al considerar la economía en su conjunto, fraudes o ilusiones, como hoy atestigua la desintegración que embiste a la economía estadounidense y del mundo, y a su sistema monetario-financiero.

En la historia de la Europa moderna, a partir del impacto

revolucionario del Renacimiento del siglo 15 con centro en Italia, el ritmo de los descubrimientos de principios universales físicos y artísticos clásicos relacionados, y de la realización de su aplicación por el hombre, ha excedido con mucho toda la experiencia humana previa conocida desde la vida de Platón. La obra de Brunelleschi, la revolución general en el concepto de la ciencia que primero introdujo el cardenal Nicolás de Cusa con su *De docta ignorantia*, el ímpetu revolucionario aportado por el seguidor de Cusa, Leonardo da Vinci, y los descubrimientos de ese seguidor declarado de Cusa y Leonardo, Johannes Kepler, puso en marcha un ritmo de aumento en los cambios revolucionarios validados por descubrimiento de principios universales accesibles al conocimiento humano, que apenas representan en los relativos extremos Leibniz, J.S. Bach, Gauss y Riemann.

Desde que empezó a hacer erupción esta civilización europea a partir de las ciénagas culturales y morales de Roma y los imperialismos *ultramontanos*, el progreso sin precedentes en las mejoras de la condición humana dentro de los confines de una civilización europea extendida por el mundo, ha dependido de una concepción nueva de la sociedad política: el Estado nacional moderno en la forma asociada con el legado de Dante Alighieri, y la obra del Luis XI de Francia y del Enrique VII de Inglaterra. Bajo las nuevas leyes antif feudales introducidas por auspicios del Renacimiento del siglo 15, el proceso de elevar la condición de la mayoría de la población de siervos a ciudadanos, y de fomentar la participación de la ciudadanía en la práctica del progreso científico y relacionado, ha acelerado las mejoras en las condiciones de la raza humana a ritmos per cápita muy por encima de cualquier cosa conocida, o siquiera sospechada en las fases previas de la existencia humana.

La Revolución Americana dirigida por Benjamín Franklin, con ayuda de nuestros amigos en Europa, ha representado el don más grande para la humanidad, a través de su impacto e influencia, desde el Renacimiento del siglo 15. El que nuestro progreso se haya extendido a Europa, en especial a partir del pasmoso progreso que experimentó nuestra economía en el intervalo de 1861–1876, ha representado el principal factor político que impulsa el progreso humano mundial desde entonces.

De allí que, cuando ponemos de lado los aromas flatulentos con sabor a menta de la decadencia moral e intelectual de los agraristas de Nashville, y vemos nuestra historia nacional desde nuestra perspectiva, entendemos el principio subyacente de los logros económicos y relacionados de los EU, que de cuando en cuando han dejado atónito a un mundo sorprendido. La movilización de la economía estadounidense que dirigió el presidente Franklin Roosevelt, de una forma que hizo posible las victorias sobre la depresión y el fascismo durante su presidencia, es representativa de ese principio de progreso del que nosotros, de cuando en cuando, hemos sido los principales beneficiarios en el mundo.

Los logros notables de nuestra economía durante interva-

los semejantes, son un reflejo de la realidad de un principio universal “alineal” riemanniano de una ciencia de la economía física.

La principal acción del individuo en su aporte al progreso y bienestar de la sociedad yace en el aspecto riemanniano. Es decir, en el modo en el cual la introducción de mejoras por medio de principios físicos universales y relacionados transforma la geometría física funcional de la economía a tales efectos, que aun el productor individual que no haga cambios inmediatos en sus modos de producción es ahora más productivo, en efecto, sólo porque el principio general de acción que ahora caracteriza a la economía en su conjunto ha transformado la calidad de su acción a efecto de hacerlo más productivo que antes.

El ejemplo más simple de semejante efecto viene de la historia de la generación y distribución de energía, con acento en los cambios de los modos de generación que elevan la “densidad del flujo energético” de la producción y distribución de fuerza a niveles superiores en términos cualitativos. El efecto del programa de electrificación rural emprendido por el Gobierno del presidente Franklin Roosevelt es un ejemplo de ello.

De manera similar, la gestión de aguas a escala continental transforma la biosfera de forma tal, que aumenta los poderes productivos de la fuerza laboral de forma cualitativa y de otros modos, y aumenta el nivel de vida, aun cuando no haya otra fuente de mejora en la tecnología.

Esta perspectiva riemanniana de la economía, en contraste con los métodos lineales de contabilidad del ingreso y el producto nacionales, nos permite examinar la función, y el valor, del individuo en la historia de un modo cualitativamente mejor. Es lo que la existencia y la actividad de la persona individual aportan al efecto de un incremento en las características riemannianas del proceso económico como un todo, lo que debe ser el punto central de referencia para organizar el renacimiento económico de nuestros EU y del mundo hoy. Tenemos, por tanto, que educar a nuestro pueblo a este efecto.

4.4 Los monetaristas y los fisiócratas como tales

La capacidad de la oligarquía, como la de la Esparta de Licurgo, para mantener un control férreo sobre aquellas poblaciones a las que trata ora como ganado de caza o de pastoreo depende, para su estabilidad—en tanto arreglo que depende, en gran medida—, de la voluntad de la víctima a ser ganado. Entre los rebaños animales y humanos domesticados que mantiene la oligarquía como forma de ganado, tales como los fisiócratas asociados con el decadente François Quesnay, la práctica preferida es embrutecer a la población cautiva.

Entre el ganado doméstico, excepto el que se cría y mata como animal de pelea para el entretenimiento del público, la táctica preferida es una combinación de desmejoramiento genético de las capacidades mentales y los impulsos del individuo, y la poda de esos especímenes considerados, ya sea por razones formalmente racionales o del todo caprichosas,



Matthew Ogden del MJL dejó perplejo con su desafío al presidente del Comité Nacional Demócrata, Terry McAuliffe, en la conferencia de prensa inaugural de la convención.

como indeseables. En lo que toca a la degradación de seres humanos a la condición de ganado humano, se emplean métodos similares, pero también diferentes. La reducción liberal en los niveles educativos de los niños de los esclavos liberados luego de 1865 es un ejemplo de ello. Los métodos educativos empleados hoy en los EUA y en Europa, en especial a partir del impacto de la combinación del Congreso a Favor de la Libertad Cultural y del informe de 1963 de París de la OCDE, incluyendo la cancelación de la educación humanista clásica en Alemania por presión de John J. McCloy, del Congreso a Favor de la Libertad Cultural, son un ejemplo de esto.

Esto es clave para la creciente tendencia a la decadencia en las pautas de los EUA, como vemos en la introducción de la llamada “nueva matemática”, lo que aceleró al extremo en la estela de la difusión de la “contracultura juvenil del rock, el sexo y las drogas” a fines de los 1960. Es decir, la suerte de embrutecimiento de la población estadounidense que ha hecho posible que el público tolere la forma en que la economía de los EU se ha autodestruido física y moralmente en el curso de las últimas cuatro décadas.

La misma tendencia ya estaba en marcha antes en los EUA. Se ha convertido en una norma general, en especial porque ha ido de la mano con la difusión del empirismo en la civilización europea moderna, en tales formas como los fraudes de Euler, Lagrange y demás, a quienes el joven Carl Gauss denunció en su ensayo de 1799 sobre el *Teorema fundamental del álgebra*. La campaña contra Leibniz y su influencia, misma que llevó a cabo la combinación de criaturas tales como Voltaire y la ideología veneciana del abate Antonio Conti desde París, tiene esta motivación y carácter político económico esencial, como lo expresan las obras de John Locke, Bernard Mandeville, François Quesnay, Adam Smith y Jeremías Bentham, que son representativos de esta campaña.

De allí que el lavado cerebral eficaz de las masas de europeos y estadounidenses, para que crean en las nociones funcionalmente descortezantes que el presidente Franklin Roosevelt ridiculizó como los “métodos británicos del siglo 18”, fuera la punta de lanza en el embrutecimiento de los estadounidenses, y de los europeos también, a efectos que han llevado

a tales expresiones de creencia crédula en el monetarismo y en la ilusión fisiocrática. La casi prohibición a tomar en cuenta la existencia eficaz de principios físicos universales que no caben en el entendimiento del estado mental cartesiano, hobbesiano, lockeano de un empirista, tiene un efecto afín al que tendría una lobotomía quirúrgica sobre los poderes mentales de la víctima de semejante adoctrinamiento.

Así que, en el caso de la degeneración moral y física de las economías de los EUA y Europa (entre otras) en los últimos cuarenta años, en particular, tenemos un ejemplo de una tragedia autoinflingida, la destrucción de una nación por su propio pueblo, un pueblo inducido a crear un virtual suicidio económico y nacional a través de la creencia inducida en ideas que se supeditan a formas radicalmente nominalistas de conceptos pro monetaristas. La pasión expresada por “¡Necesito ese dinero!” se transforma en la droga psicotomimética de creencia a través de la cual casi todo un pueblo se hace cómplice de la destrucción de su nación y de sí mismo.

5. El propósito de la existencia de los EUA

El redescubrimiento de las Américas por Europa y la fundación de nuestra república fueron fruto de una misión que hicieron suya los dirigentes del Renacimiento Dorado del siglo 15. Cuando reconocemos las circunstancias y los motivos de ese descubrimiento, y reconocemos que la posterior fundación de la colonia de la bahía de Massachusetts, y más tarde de los EUA, fue resultado de una gran misión de largo alcance, esto nos impele a adoptar las medidas que los estadounidenses tenemos que tomar hoy para cumplir nuestra obligación con toda la humanidad. El resultado de esa misión, que nos fue dada por primera vez, de forma implícita y de ese modo, en el Renacimiento, debe inspirarnos un sentido de misión nacional en el actual mundo en crisis, aun hoy.

Esa misión, con todas sus altas y bajas desde entonces, ha probado desempeñar, aun hasta la fecha, una función decisiva de nuestra república, de realizar los grandes objetivos de las personalidades del Renacimiento del siglo 15, quienes emprendieron esa misión para la humanidad, la cual es la dedicación nacional propia de nuestros EU hoy.

El redescubrimiento del continente americano lo inspiró la influencia del cardenal Nicolás de Cusa, cuya respuesta a la caída sucesiva de Constantinopla y la posterior derrota militar decisiva infligida por las fuerzas otomanas en los Balcanes, fue proponer viajes de exploración a través de los océanos Atlántico e Índico. El propósito de esa exploración fue crear las condiciones de paz para la humanidad, a la luz de las catástrofes de mediados a fines del siglo 15 que amenazaban las esperanzas de paz expresadas por Cusa en su gran diálogo,

De pace fidei. A través de los círculos personales del propio Cusa, un veterano capitán marino genovés, Cristóbal Colón, tomó inspiración de los escritos y la pericia científica de Cusa, y en la de esos colegas de Cusa, para usar el mapa provisto por un importante científico y colaborador de éste, Toscanelli, e iniciar la gran misión trasatlántica que llegó a tierra al otro lado del orbe, aproximadamente en el lapso previsto.

Desde entonces, como se ve en la intención expresa de la obra del martirizado santo Tomás Moro, y en la dedicación de sus seguidores ingleses a ese intento, el destino atrajo a los colonos anglófonos y a otros europeos a nuestro continente, con la intención original y continua de crear aquí una gran república, que sería, como lo expresó después el marqués de Lafayette, un templo de libertad y un faro de esperanza para la humanidad. La colonia original, previa a 1688, de la bahía de Massachusetts, bajo la dirigencia característica de los Winthrop y los Mather, fue la piedra angular original de nuestro propósito nacional.

Entre tanto, con frecuencia nuestra república ha retrocedido, y ha caído en la ruina temporal por la corrupción interna, una corrupción que en lo principal nos han exportado potencias extranjeras decididas a destruirnos, ya sea por medio de la conquista o de la subversión. No sólo hemos perdurado y sobrevivido esos abusos, hasta ahora, sino que esa noble intención original inscrita en nuestras instituciones por nuestra lucha por la libertad, nuestra Declaración de Independencia y nuestra Constitución única, aún vive en nosotros. Permítasenos recuperar ese tesoro legado a nosotros, y aceptar la misión ahora encomendada a nosotros, como si claramente apareciera escrito en las estrellas.

Por tanto, no permitamos que la arrogancia, la codicia de conquistas, ni los ricos de todas partes nos inspiren en la misión que debemos realizar ahora, una vez más, para toda la humanidad. Permítasenos hacer lo que tenemos que hacer, porque somos almas encajadas en un cuerpo mortal que debe darle un significado más rico a los cortos años de vida que tenemos haciendo algo bueno, lo que esté a nuestro alcance, que es una semilla que devendrá un beneficio inmortal para las generaciones futuras de la humanidad en general, mismas que hoy corren peligro.

Nuestra ventaja y obligación en esta misión, como para el presidente Franklin D. Roosevelt en otra época, es que nuestra historia y nuestra Constitución —que es la que ha durado más en este planeta, hasta la fecha— nos obligan a proporcionar la chispa que una a las naciones, en tanto sean soberanas, para remediar las grandes heridas y la gran amenaza que sufre toda la humanidad en este momento, de un desplome económico y de guerras perpetuas que nos arremeten. Una vez más, salgamos del pantano de nuestra reciente decadencia, para actuar, no guiados por nuestra codicia, sino por nuestro honor, y a favor de todos los que están interesados en el resultado de este combate, por el pasado, el presente y el futuro de la humanidad. Procedamos, así, a la acción.

Con ese propósito, presento ciertos aspectos cruciales que

deben estar en la plataforma de acción desde el primer día de la nueva administración presidencial, si no es que, esperemos, aun antes. Comprometámonos con una serie de medidas, aun estando tan desprovistos de recursos en este momento como el presidente Franklin D. Roosevelt, quien entró a su oficina en la mansión ejecutiva por primera vez, como está escrito, sin un lápiz o un pedazo de papel sobre su escritorio para proceder a gobernar.

Por supuesto, la lista siguiente no esta explícitamente completa. Muestra, de modo implícito, el núcleo del pensamiento que debe gobernar nuestra forma de abordar todas las áreas concernientes a lo federal, ya sea que los temas se hayan abordado aquí de forma explícita o no.

5.1 Un Nuevo Bretton Woods

El primer paso general que debe dar nuestro gobierno, es someter al implícitamente quebrado sistema de la Reserva Federal, al FMI y al Banco Mundial a la intervención de los principales gobiernos respectivos, con el fin de reorganizarlos por bancarrota con métodos administrados por el gobierno.

El precedente constitucional más cercano de estas medidas ha de tomarse de la pauta de acción puntual y decisiva, si bien menos drástica, que tomó el presidente Franklin Roosevelt. La adopción de dicha disposición sería acorde a los poderes implícitos en ese preámbulo de la Constitución estadounidense, al cual están sujetos y responden todas las interpretaciones de otras partes de la Constitución y sus enmiendas, y toda ley federal. La avasalladora autoridad constitucional exige que la disposición tome en cuenta las consideraciones combinadas de la soberanía nacional, el bienestar general de toda nuestra población, y la seguridad de nuestra posteridad. La intención de dicha disposición, como en el precedente proporcionado por Franklin Roosevelt, es asegurar la estabilidad de las instituciones esenciales tanto privadas como públicas, incluso las instituciones bancarias, aun estando en bancarrota, para impedir un desplome de los niveles de empleo en la producción de bienes necesarios. Esto, a fin de asegurar la estabilidad de instituciones públicas y privadas esenciales, y los preparativos para tomar medidas de urgencia inmediatas que acarreen tasas de crecimiento económico físico neto suficientes para mantener las funciones del gobierno federal, y de todos los estados y territorios que operan en un nivel económico, sin pérdida ni ganancia, o mejor.

El programa general que debe emprenderse con puntualidad, con la cooperación del Congreso para asegurar que no ocurra un desplome general, es el uso del poder constitucional del crédito público propio de la Presidencia de los EU, con el consentimiento del Congreso, a fin de abastecer una masa de crédito federal de corto a largo plazo, la mayor parte de la cual se asegurará en última instancia por la capitalización de los activos de largo plazo de las capacidades de la infraestructura y la producción. El balance, contra activos de capital, de la deuda federal creada por la emisión de dicha moneda o crédito contra el total autorizado de circulante, debe ser el

medio predominante por el cual deberán proveerse no menos de 6 billones de dólares en crédito federal, de forma parecida a los precedentes de la era de Franklin Roosevelt, para la inversión a gran escala, de largo plazo, en la creación de la infraestructura económica básica nacional esencial de, principalmente, los gobiernos estatales y el federal. El empleo así generado creará el mercado para la resurrección del trabajo en el sector privado de la agricultura, la industria y otros relacionados.

Lo que debe impedirse, a como dé lugar, es recurrir a esa clase de austeridad fiscal por la cual el Gobierno del presidente Herbert Hoover hizo que el crac del mercado de valores de 1929 pasara a un desplome de los ingresos de los EU y de su pueblo, aproximadamente a mediados del lapso que va de octubre de 1929 a marzo de 1933.

Una nación y su gobierno no pueden tratarse como una víctima ordinaria de acreedores depredadores en procedimientos de requisa por bancarrota. La falla en reforzar esa prohibición contra tales procedimientos de cierre por bancarrota contra el gobierno y la economía nacional de cualquier nación, es una violación de la ley natural. Si se aplican a los EU, o a un grupo de naciones de Europa, dichas medidas de la llamada austeridad fiscal, eso sería, bajo las circunstancias actuales del mundo, un crimen peor que todos los cometidos con Adolfo Hitler. Sería un detonador de un estallido que bastaría para sumir a todo el planeta en una prolongada nueva Era de Tinieblas, mayor que la experimentada por la Europa de mediados del siglo 14 durante su Nueva Era de Tinieblas. Tenemos que actuar como debimos haberlo hecho en Versalles tras la Primera Guerra Mundial, y al terminar la Segunda Guerra. Las obligaciones de los gobiernos deben, en general, honrarse, del modo que sentó el precedente para esto el secretario del Tesoro Alexander Hamilton. La deuda privada debe sortearse, con frecuencia según se pueda, de forma que se pongan por delante los principios del bienestar general.

Un ejemplo

En 1971–1972, un grupo de naciones, principalmente bajo el dominio del Gobierno de Nixon y la monarquía británica, impuso un desplome voluntario del sistema monetario regulado de paridades fijas establecido en Bretton Woods en 1944. Los intereses depredadores, en gran medida aquellos asociados con intereses estadounidenses y británicos, aprovecharon la oportunidad creada por el papel que desempeñó George Shultz de los EU en la conferencia monetaria de la Azores, de someter a las naciones de América Central y del Sur, una a una, al desplome especulativo de sus monedas orquestado en el mercado de Londres. Se recomendó a los gobiernos de las naciones víctimas de esa estafa recurrir a la ayuda del FMI o del Banco Mundial. Las agencias monetarias internacionales que actuaban como asesoras, las cuales de hecho eran, en lo principal, agencias de los intereses británicos y estadounidenses pertinentes, recomendaron la devaluación de las monedas estafadas a su antojo. Peor aun, le carga-

ron a la nación víctima una deuda arbitraria y artificial para compensar a los acreedores de la nación deudora por la devaluación de la moneda de ésta. Así, ninguna de las naciones de América Central y del Sur tiene hoy un saldo deudor con los depredadores acreedores financieros extranjeros.

En casos como ese, o en otros en que haya sido empleada una fuerza insuperable para imponer una estafa semejante, las autoridades del caso, que tienen a su cargo resolver la deuda pendiente, deben tomar medidas moralmente apropiadas para asegurar que se le haga justicia a las naciones víctimas de esos tiempos.

5.2 Cómo reconstruir la economía mundial

La medida urgente requerida, de someter a la Reserva Federal y al FMI a una reorganización por bancarrota, debe asociarse con la medida inmediata de establecer las premisas para un retorno a un orden monetario de paridades fijas entre las naciones.

En conexión con eso, la reciente moda del “libre cambio”, que ha sido un factor importante en causar el actual desplome del sistema mundial existente, debe cancelarse, y ponerse en su lugar un sistema de reglas de “comercio justo”.

El mayor obstáculo a la cooperación de las naciones en un esfuerzo de sacar al mundo entero de un desplome general, es una tradición continuada de Europa, encabezada por Londres, de los llamados sistemas de banca central independiente. A fines de la Segunda Guerra Mundial, una Europa quebrada, incluyendo a una Gran Bretaña insolvente, no estaba en condición de resistir la oferta de dirigencia estadounidense en la formación del sistema original de Bretton Woods. Esas naciones ahora están en una situación terrible, pero la destrucción autoinflingida de la economía y las finanzas estadounidenses, y la locura de los EU bajo el actual Gobierno de Bush, no sólo han fomentado el necio deseo de Europa de darle “una lección” a los EU por los abusos de los últimos tres años, sino que ha impulsado a las naciones del continente a precipitarse en lo que sería, en última instancia, una locura suicida de una Unión Europea concebida como una suerte de parodia de la bíblica Torre de Babel.

Este impedimento no es insuperable. Una vez que les quede claro, por la arremetida de las fuerzas de una crisis de desintegración generalizada del sistema financiero, que tales planes son una trágica ilusión, Europa se inclinará a aceptar una conducción resuelta de los EU, a condición de que esa conducción represente un claro regreso a las políticas de recuperación de la posguerra que ofreció el presidente Franklin Roosevelt.

La creación de un sistema monetario de paridades fijas, y el uso de crédito comercial en una o dos generaciones como estímulo a la recuperación económica de un continente europeo involucrado en relaciones económicas de largo plazo con Asia, sería un arreglo factible para una Europa continental que ya se hunde en un desplome económico al parecer sin fondo.

En condiciones de depresión mundial acelerada, la prin-

cial fuente de resistencia a esas reformas necesarias vendrá de los nietos de ese sindicato de intereses financieros oligarcas conocido en el período de 1918–1945 como la internacional sinarquista. Lo que a patriotas europeos ordinarios les parecería es la feliz posibilidad de una recuperación, los herederos contemporáneos sinarquistas de la tradición financiera oligárquica veneciana lo considerarían el fin del control que han ejercido por largo tiempo sobre Europa, y sobre los asuntos mundiales en general, hasta la actualidad. En esa circunstancia, el Presidente y las instituciones de los EU deben tener una idea clara de la amenaza mortal que representan esos mismos intereses financieros oligarcas que conspiraron para darle un golpe militar al presidente Franklin Roosevelt.

La recuperación y el crecimiento de largo plazo de la economía mundial bajo la nueva forma de un sistema de Bretton Woods apropiado a las tendencias y circunstancias actuales de desarrollo económico, se movilizarían en torno a grandes inversiones de desarrollo de infraestructura de largo plazo, en donde los corredores eurasiáticos de la ruta terrestre del Atlántico al Pacífico, y a través de los Balcanes hacia el Cercano Oriente, serán rasgos importantes (ver **mapa 4**).

Para tales programas de desarrollo eurasiático, y otros comparables, de largo plazo, la consideración decisiva será la creación de una red de tratados y acuerdos entrelazados de largo plazo, con tasas nominales de interés simple que pongan en funcionamiento los activos representados por grandes inversiones de capital de largo plazo, contra la masa de deuda de crédito nuevo generado para financiar esos proyectos. Sin un sistema monetario de paridades fijas con tasas de interés nominal simple, los necesarios acuerdos de capital de largo plazo serán inviables.

Cómo anular la globalización y el libre cambio

Una vez que se esté de acuerdo en establecer un nuevo sistema monetario de Bretton Woods como mecanismo de recuperación económica mundial, el aspecto espinoso adicional a superar será la corrupción de la opinión pública e instituciones importantes, por lo que de hecho sería un empeño suicida el mantener las tendencias actuales hacia el “libre cambio” y la “globalización”.

Esto significa que tienen que anularse las doctrinas y acuerdos prominentes de “libre cambio”, como parte de las condiciones de las que depende por completo el escape de una depresión mundial profunda y prolongada. La política mundial debe devenir un sistema de “comercio justo” apuntado en la clase de medidas proteccionistas usadas en otros tiempos.

Hay tres consideraciones importantes a subrayar en la educación de la opinión pública sobre el tema de la locura del “libre cambio” y la “globalización”

Primero, la habilidad de seguir produciendo bienes de cierta calidad requiere que se mantengan “precios justos”. No

puede permitirse que los mecanismos de precios competitivos no supervisados drenen el precio de los bienes por debajo del nivel en que se pagan salarios justos y se mantienen inversiones de capital esenciales en capital físico. Esto significa que los niveles del salario real no deben drenarse por debajo del nivel en que se mantiene una fuerza de trabajo y a sus familias de forma saludable y con empleo pleno.

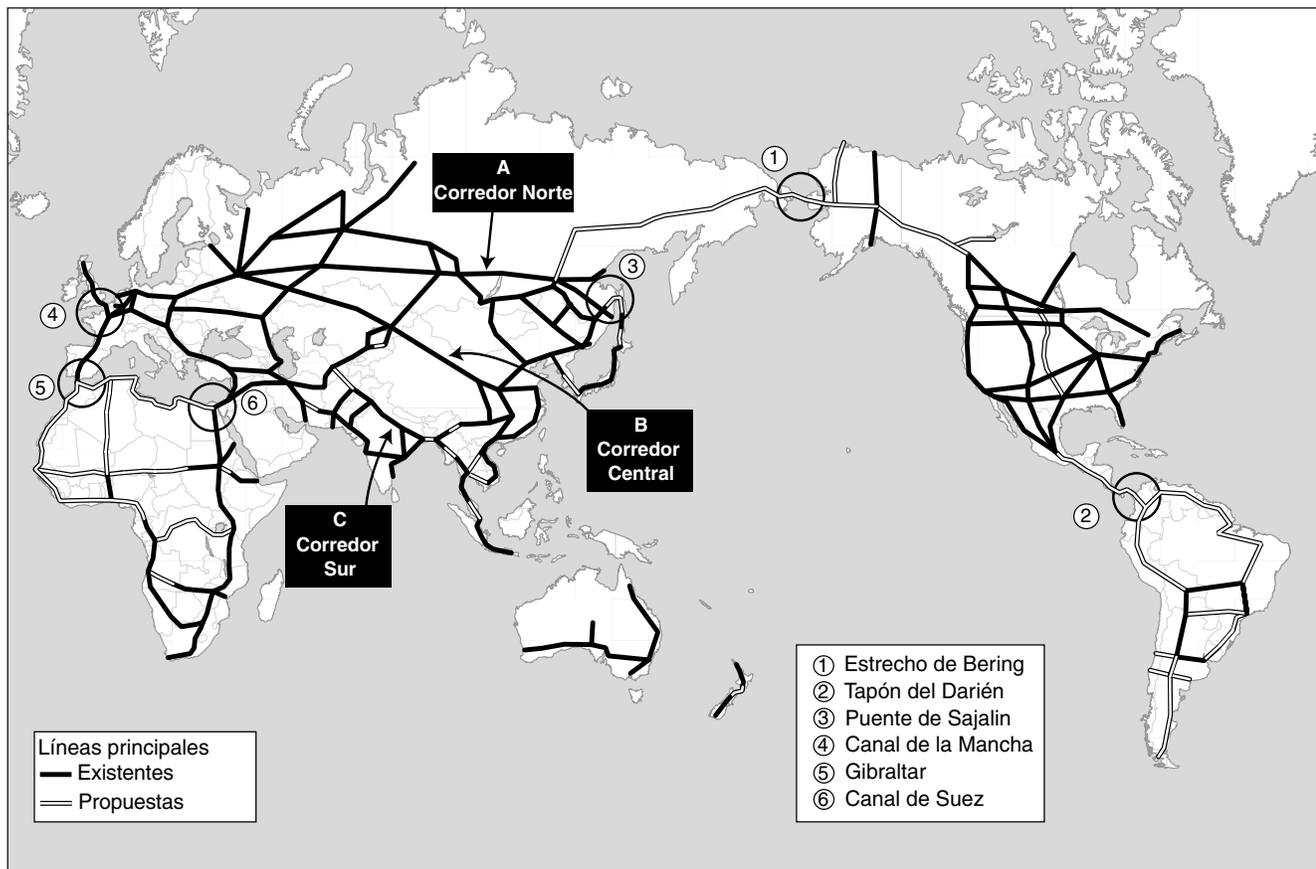
El caso de la destrucción agravada de un México saqueado, y la ruina simultánea de la economía del productor estadounidense mediante la “deslocalización” vinculada al TLC usado para saquear a México, debe terminar. En este caso, el interés económico y de seguridad urgente de los EU es erigir en México la formación de capital y el empleo relativamente pleno, con salarios decentes y con ayuda de medidas proteccionistas, en tanto que también se mantiene el empleo productivo de calidad e inversiones correlacionadas de capital físico en los EU. Esto puede facilitarse negociando de inmediato acuerdos de desarrollo de largo plazo, en cuanto a recursos hidráulicos, redes ferroviarias, generación y distribución de electricidad, y programas relacionados, para reverdecer el Gran Desierto Americano que se extiende al norte, entre las Sierras Madres, hacia la gran región árida al oeste de las Montañas Rocallosas de los EU. El primer paso a dar en esta dirección, es promover la cooperación a este efecto entre el estado de Texas y los estados fronterizos pertinentes del norte de México.

Este enfoque de las relaciones con México debe considerarse como el establecimiento de un punto de referencia para la resurrección económica de la “política del buen vecino” de Franklin Roosevelt hacia los estados de América Central y del Sur en general.

Segundo, tenemos que dejar de tolerar la locura de asumir que la fuerza productiva y la salud económica de una nación se definen por la suma total de las áreas de producción e inversión locales. Es el desarrollo de la totalidad del área y de la población de una nación lo que representa el principal determinante de la productividad de una economía nacional. La pauta de decaimiento de la economía de los EU en los últimos treinta y pico de años, del modo que se expresa en las que fueras regiones enteras de producción agrícola e industrial que se convirtieron en chatarra, y de la infraestructura descartada por el despojo de zonas habitables borradas del mapa, muestra la demencia de los informes del supuesto crecimiento o estabilización de la economía nacional.

Tercero, el avance del nivel de desarrollo cultural de toda la población, en tanto que este desarrollo predetermina el avance tecnológico potencial en la economía, es un factor socioeconómico que actúa de forma directa sobre la sociedad y la economía, en vez de hacerlo área por área. Esto es típico del desarrollo científico, del modo que lo demuestra la alta tasa de ganancia de la economía nacional estadounidense en general, por la tecnología derivada de la inversión del Gobierno estadounidense en el programa intensivo de Kennedy para el alunizaje.

El Puente Terrestre Mundial



La idea del Puente Terrestre Eurasiático involucra, no sólo el transporte, sino la creación de corredores de desarrollo por todo el mundo, que ya empiezan a concretarse en Eurasia, pero cuya realización plena dependería de la instrumentación del acuerdo financiero del Nuevo Bretton Woods de LaRouche entre Estados nacionales soberanos.

A este respecto, los miembros del Congreso, entre otros, requieren con urgencia una reeducación extensa en los rudimentos de las medidas económicas nacionales competentes.

5.3 La política social de los EU

La decadencia de la calidad y la productividad de la economía estadounidense en las últimas cuatro décadas, desde la secuela del asesinato del presidente John F. Kennedy, fue en gran parte un reflejo de una infección que ya estaba carcomiendo, como infestación de termitas, los cimientos de nuestra economía nacional, de nuestra casa. Esa podredumbre es típica de la campaña contracultural para promover la decadencia conducida bajo la dirección del Congreso para la Libertad Cultural.

Esta decadencia ya estaba en camino en el período de la posguerra de los 1940, y en la marcha bajo las banderas del trabajador de “cuello blanco” y del “hombre de la organización” en los 1950. La decadencia cultural se propagó como

una plaga con el crecimiento de los órganos de difusión.

La suburbanización explotó en el país como una forma de descuidar, y destruir así, el papel funcional esencial de la cultura y la economía asociados con nuestras grandes zonas urbanas. Los costos de la suburbanización, en el mal uso de los terrenos y la baja de la eficiencia económica de la vida social y cultural a través de la negligencia, e incluso la putrefacción de nuestras ciudades, ha resultado en una monstruosa pérdida de eficiencia en nuestra economía por los costos directos e indirectos de la “suburbanización”. Este efecto de la decadencia económica y cultural a través de la “suburbanización” ha explotado en la forma más repulsiva en la transformación de zonas de nuestro gran potencial agrícola e industrial, en regiones marginadas convertidas en un total desperdicio económico y social.

El peor daño no fue físico, sino mental. Usando los estudios de los 1950 y principios de los 1960 del prominente psiquiatra de Yale, Lawrence S. Kubie, sobre el problema de



Cincuenta mil copias de la plataforma de LaRouche para el Partido Demócrata fueron las que los larouchistas repartieron en las calles, en los subterráneos y por todas partes de Boston en menos de una semana, en medio de cantos, marchas e intervenciones en la convención.

la *distorsión neurótica del proceso creativo*, ha habido un profundo declive en la correlación entre el pensamiento científico creativo y artístico clásico, y la productividad, que ya se veía venir en los 1950, pero que devino rampante en la medida que la “nueva matemática” procedió a desplazar la mentalidad científica creativa a fines de los 1950. Esos atributos del uso del lenguaje, que son esenciales para la ironía clásica en la base de la habilidad para comunicar ideas originales válidas en la ciencia o en la comunicación social ordinaria, han ido desapareciendo del vocabulario mental y hablado de la civilización europea. Podemos reparar el daño físico. Pero, ¿quién podrá reparar el daño hecho a la infraestructura cultural de la creatividad mental, siquiera del estrato dirigente de la población? ¡Vean la cacofonía del psicobarboteo político y de otra clase vertido en los programas de entrevistas de los canales de televisión transmitidos en la capital nacional, y en otros!

Es difícil hacer un trabajo creativo, o aun concentrarse simplemente en el pensamiento serio, cuando parece que el fulano del piso de arriba simula lo que pudiere imaginarse es el apareamiento en masa de una manada de elefantes. El nivel de ruido en todos los nichos de la vida mental de la población está creando una tensión y una pandemia de estupidez total, que no sólo ensordece, sino que virtualmente decortica.

Hay quienes advierten de una ruina terrible causada por la influencia de los que no hablan tan bien nuestra variedad de inglés. El daño a nuestro lenguaje legal nacional a manos de nuestros inmigrantes es relativamente insignificante, en comparación con los efectos del uso de nuestro lenguaje nacional para poco más que acarrear basura intelectual.

En gran medida, esta destrucción de nuestra cultura hoy, más, y más, y más bajo que los usos de estratos políticos y profesionales comparables de hace una o dos generaciones, en lo principal es resultado de dos factores. Primero, la intención de estupidizar a nuestra población, como lo ejemplifica tanto el trabajo del Congreso por la Libertad Cultural, como

el impacto relacionado del fenómeno cuasiorwelliano alguna vez conocido como “macartismo”. Segundo, la transformación de nuestra economía después de 1964, de ser la principal sociedad productora del mundo, en una sociedad estupidizante de entretenimiento parasítico.

Pronto nos golpeará un gran desplome de la enorme burbuja de los bienes raíces creada por el presidente de la Reserva Federal, Alan “Burbujas” Greenspan. Masas de lo que se ha clasificado formalmente como “casatenientes” se reducirán al rango de “invasores”, o peor. Esta catástrofe social inminente se complementa con la transformación de ciudades claves, en las que el costo de la vivienda define esas localidades como lugares donde la mayoría de los ciudadanos no pueden darse el lujo de vivir. Regiones enteras de la nación, tales como los casos referidos de antiguos cinturones agrícolas e industriales, se hunden en la mampostería. Más de cuarenta años, pero en especial el último cuarto de siglo de podredumbre, podredumbre, podredumbre, han corroído lo que alguna vez tuvimos de condiciones sociales de vida y de empleo al alcance de la mayoría de nuestra población.

Lo que seguido se nombra actualmente como el síndrome de “Wal-Mart”, forma parte de esto. El crecimiento de las tiendas de mercadeo en masa, que sacan del negocio a las tiendas competidoras y a sus vendedores, al tiempo que intercambian, como buhoneros, productos producidos en mercados extranjeros de mano de obra barata, que nuestros desempleados, empleados marginales, y simples ciudadanos pobres, ya difícilmente pueden darse el lujo de comprar, es el baldón de una economía nacional putrefacta, y de una vida social putrefacta, para más y más de la mayoría de nuestros ciudadanos. Una orientación política hacia los votantes probables del 20% de la población de altos ingresos familiares refleja un sistema partidista dominante que es, en gran medida, cada vez más indiferente a la gran mayoría de nuestra población, e incluso a la existencia futura de nuestra nación.

Todo esto, y más, es lo que tenemos que componer, como lo habría hecho el presidente Roosevelt.